

BOAS

OCTUBRE 2007 (II)
TOMO CXLVIII N° 2248



Archidiócesis de Sevilla

Redacción:

Registro y Archivo de la Secretaría General

Tfno: 954 505 515, Ext.734

E-mail: secretariogeneral@archisevilla.org

Arzobispado de Sevilla

Apartado 6 – 41080 Sevilla

Imprime:

Alfecat Impresores

Tfno: 954 35 64 09

Depósito legal: SE-61-1958

Normas de pago:

* Precio de la suscripción anual: 30 euros.

* Parroquias y conventos de clausura, por habilitación.

* Los restantes suscriptores pagarán en el primer trimestre

Cardenal Arzobispo

Carta pastoral

EDUCACION Y CIUDADANIA

Carta Pastoral a la Comunidad Educativa Diocesana EDUCACIÓN Y CIUDADANÍA

Carta pastoral del Cardenal Amigo Vallejo
Arzobispo de Sevilla a la Comunidad educativa diocesana
Sevilla, septiembre 2007

Deseo comenzar esta carta pastoral agradeciendo, con el más sincero y profundo reconocimiento a los padres, que buscan la mejor formación para sus hijos. A los maestros y profesores, que hacen de su trabajo diario algo más que el ejercicio de una laudable profesión. A los alumnos, que van madurando su personalidad y sus conocimientos con la ayuda de sus educadores. A los que promueven y dirigen los centros educativos, verdaderos talleres del mejor oficio: la formación de niños y jóvenes. A las asociaciones de padres, que son un imprescindible lazo de unión entre la escuela y la familia. A las organizaciones que se empeñan en conseguir una verdadera educación completa en la que se

garanticen los derechos fundamentales de los padres, de los alumnos, de los educadores y de la escuela misma. También es mi deber el agradecer, de una forma particular, a los centros católicos, a los profesores de Religión y a los alumnos que eligen la asignatura de formación religiosa, por lo que significa y vale el testimonio de su identidad cristiana.

Una especial gratitud de nuestra Iglesia a vosotros, los profesores cristianos en los centros públicos, Vuestro trabajo y testimonio en el claustros de profesores, en la comunidad educativa, en el trato con los alumnos y las familias son dignos del mejor reconocimiento y apoyo. Debéis sentirnos orgullosos de la fe que habéis recibido, que estáis viviendo, que celebráis con la Iglesia. Necesitamos de vosotros y de vuestro impagable trabajo. La Iglesia os necesita y os envía. Sabemos que vuestra misión no siempre es fácil y que tenéis que luchar, en algunas ocasiones, con un ambiente hostil. Dios os dará la fortaleza necesaria para seguir fieles a vuestra vocación educativa y cristiana.

Reconocimiento, en fin, a todos los educadores cristianos, que sois los verdaderos artífices de los que Dios se ha querido valer para hacer de la educación un verdadero y privilegiado camino de esperanza.

Dificultades y respuestas

No son pocos los problemas que nos preocupan en estos momentos: adecuada normativa sobre escolarización, zonificación, concertación de la educación infantil, equiparación de plantillas, enseñanza de la Religión en la escuela, curriculum de la opción no confesional, trato desigual a la enseñanza de iniciativa social, reducción de conciertos, insuficiente concertación de unidades de apoyo a la integración, concertación a todos los niveles, ampliación de la ratio...

Tenemos que añadir los obstáculos que se presentan al mismo educador: dificultades ambientales en un espacio secularizado donde es muy difícil hacer sentir el aprecio a valores trascendentes; el materialismo omnipresente que carcome cualquier atisbo de generosidad; las políticas adversas que parece como si estuvieran

permanentemente al acecho para poner trabas a una verdadera libertad de enseñanza; la pasividad de la familia y de las fuerzas sociales; el cansancio y desaliento de profesionales y educadores ante situaciones difíciles y hasta hostiles; la ambigüedad en definir la vocación y profesionalidad de la educación y del cristiano en la enseñanza...

Las dificultades no pueden ser una excusa para abandonar el seguir trabajando con empeño en el reconocimiento de lo que es justo y bueno. Porque la enseñanza y la educación son siempre un espacio privilegiado para la defensa del más incuestionable de los derechos: el reconocimiento de la persona como un valor inapreciable.

Mas, para ello habrá que unir ciencia y sabiduría. Calidad de enseñanza en su sentido más amplio y completo. La ciencia es conocimiento. Y la sabiduría, amor. Y solamente conjuntando y uniendo, se puede llegar a lo que el hombre merece en justicia: el derecho a ser y a vivir con la dignidad que como a persona le corresponde.

Se desea una comunidad educativa en un sentido amplio. Más allá de los límites del colegio, conectando con la familia, con la Iglesia, con otras confesiones, con la sociedad. La desconexión es evidente. Ni hay suficiente comunicación, ni apoyo recíproco. Sí, en cambio, la queja permanente y mutua sobre la falta de coordinación. Aquí entraría la acción impulsora de la escuela. Salir de sí misma para anunciar mejor sus objetivos educadores.

El educador ha de ser también consciente de que trabaja para una sociedad cambiante, que evoluciona, que progresa. □Hasta cuándo durará esta situación de cambio? Indefinidamente. El hombre, y el dinamismo de la sociedad en la que vive, no pueden detenerse. Perderían lo mejor que poseen: capacidad de ser mañana más felices, mejores, más justos ...

Sin querer restarle nada de la importancia y gravedad que pueda tener, es preciso, no sólo que no perdamos la compostura, que es el estilo evangélico de pensar y de vivir, sino que sepamos mantenernos en dignidad. Como dice San Pedro: dispuestos a dar razón de lo que somos, pero con bondad y respeto. Y con una conciencia recta. Y si hay que padecer algo por hacer el bien...

En definitiva, es una llamada a la fidelidad y a saber permanecer perseverante en los más hondos convencimientos, más allá de los vientos contrarios que zarandean las más arraigadas convicciones. Nos aburre, por demás, el reiterado discurso de los malos tiempos, de las inclemencias que debemos padecer, de la intemperie e indefensión en la que nos encontramos ante el acoso de leyes, políticas y ambientes nada proclives a una buena educación cristiana.

Todo ello es cierto, pero nuestro modo de proceder ha de ser incuestionablemente positivo, con la defensa del derecho y la justicia. Sin concesiones, pero agotando todos los caminos del diálogo y la comprensión entre todos los sectores implicados en la enseñanza. Deseamos ese ansiado pacto de Estado por la educación, en el que un consenso unánime, más allá de cualquier forma partidista, busque lo mejor para una escuela de auténtica calidad educativa.

Los profesores de Religión y las asociaciones de Padres

En las nuevas disposiciones reguladoras de la situación académica y laboral del profesor de Religión, va a ser mayor la dependencia de la administración pública. Es, por tanto, necesario que estéis siempre atentos para no perder vuestra propia identidad de formadores cristianos y permanezcáis fieles a la vocación educativa a la que Dios os llama. Vuestra labor es todo un ministerio que la Iglesia, la familia y la misma sociedad necesita. Recibimos con satisfacción el nuevo ordenamiento laboral, que dará mayor estabilidad a vuestro trabajo y mayor objetividad y transparencia en el acceso a los destinos, pero debéis tener mucho cuidado en no "funcionalizar" vuestra presencia en la escuela, pues ella se debe al envío que realiza la Iglesia y a la elección anual de los padres acerca de la asignatura de religión.

No me cansaré de recomendar a los padres un mayor interés por la formación de sus hijos. Las AMPAS son un medio muy adecuado para una participación en la vida de la comunidad educativa desde una identidad cristiana. Llama la atención que mientras un 85% de los alumnos opte por la clase de Religión, sea el 15% restante el que tenga mayor protagonismo.

Como he tenido ocasión de recomendar en la carta pastoral sobre juventud y familia, las AMPAS, tanto en los colegios públicos, como en los concertados y en los privados, deben estar en relación permanente con la Delegación Diocesana de Enseñanza. Apoyar la realización de procesos de pastoral educativa en los centros donde sea posible. Coordinar estos procesos desde el profesor de ERE o algún profesor católico. Encuentro de los sacerdotes-profesores de una misma localidad de forma anual. Programar en este encuentro actividades que unifiquen a la parroquia-escuela-familia.

Educación y ciudadanía

San Pablo ya tuvo que hablar de la ciudadanía, pues los cristianos eran excluidos, por otros grupos, de los derechos que a los demás correspondían (*Cf. Ef 2,12*). También recuerda el apóstol que somos ciudadanos del cielo (*Cf. Flp 3, 20*). Es decir, que debemos trabajar por los derechos que nos asisten, pero sin olvidar nunca la propia identidad cristiana. Pero en un sentido abiertamente positivo, que ve en la educación el camino de ayudar al hombre a recuperar su más auténtica y original imagen. Huyendo de la tentación de sucumbir en el abatimiento por la irremediabilidad del mal. Por el contrario, manifestar, en obras y palabras la confianza en Dios.

El esfuerzo personal y colectivo, la solidaridad, el trabajo por el bien común, la consciente y seria formación humana y profesional, la consolidación de la familia y de las instituciones fundamentales para la convivencia y el desarrollo, la lealtad a unos valores bien asumidos, el empeño por la justicia, la coherencia entre la fe y la conducta, son buenos avales para que la enseñanza tenga garantía de autenticidad.

Si el niño y el joven, como proclaman los principios acerca de sus derechos, requiere protección y oportunidad para que pueda desarrollarse, física, mental, moral, espiritual y socialmente, en condiciones de libertad y dignidad; si tiene derecho a un nombre y a una nacionalidad; a unos padres; a una educación; si tiene derecho a unos juegos y a unas recreaciones; a ser protegido contra toda forma de abandono, crueldad o explotación; si debe ser educado en un espíritu de comprensión, tolerancia, amistad entre los pueblos, paz y fraternidad

universal, y con plena conciencia de que debe consagrar sus energías y cualidades al servicio de sus semejantes; si el niño, el joven tienen derecho a ser feliz, aquí está nuestro deber: ayudarle a conseguirlo.

Lejos de un afán perfeccionista, la educación tiende a lograr una capacidad permanente de alegría, de amar y saber apreciar el gozo de ese mismo amor que llega del mundo que nos rodea. No tenemos ni fórmulas mágicas, ni ensalmos mediante los cuales, y al conjuro de sus palabras, se abran todas las puertas y aparezcan los tesoros que solucionen todos los problemas. Pero sí disponemos de unos convencimientos, sólidamente fundados, de que la paz, la alegría, la fraternidad entre los hombres, la superación de la injusticia, son posibles. Y lo serán en la medida en que la comunidad humana, bien formada, se esfuerce en conseguirlo.

Calidad y compromiso hablarán de una educación en valores, pero en nada quedaría la lealtad sin hombres y mujeres verdaderamente leales y fieles, sería palabra vacía la de la libertad sin hombres y mujeres auténticamente libres, sería frágil deseo el de la responsabilidad sin contar con hombres y mujeres decididos a cumplir con su deber. La calidad educativa es inseparable de la virtud.

En la casa de la educación para la ciudadanía nadie ha de sentirse molesto con adiestramientos ideológicos, ni tildado de reaccionario si no se aceptan postulados incompatibles con las más arraigadas convicciones. La libertad religiosa no puede reducirse al ejercicio privado de un culto íntimo. También tiene que garantizar la libertad de la educación religiosa, el reconocimiento de los derechos que asisten a los padres para educar a sus hijos conforme a sus convicciones. Los padres por otra parte no pueden hacer dejación de este derecho, pues son los primeros responsables de la educación de sus hijos.

“En un mundo caracterizado por la fragilidad y las dificultades sociales y familiares, - decía Juan Pablo II - es importante preparar el futuro, brindando a los jóvenes una formación integral, que les ayude a descubrir los principios espirituales, morales y humanos, para que construyan su personalidad y participen activamente en la vida de la sociedad” (*A los Hermanos de la Educación Cristiana 6-4-2000*).

La educación no puede ser, en forma alguna, un adiestramiento para la realización de una tarea o para tener unas ideas determinadas, sino el conseguir un desarrollo físico, intelectual, moral y religioso que capacite al hombre a realizar libremente su propia vocación primera, que es precisamente la de su autenticidad como persona, no recluida en sí misma, sino participando en el compromiso de construir cada día la sociedad en la que vive.

Iniciativas y propuestas de una formación cristiana para la ciudadanía

Advertían los miembros de la Comisión Permanente del episcopado, en una nota del 20 del pasado mes de junio, que "la gravedad de la situación no permite posturas pasivas ni acomodaticias".

Como una aportación positiva, proponemos algunas posibles acciones a realizar:

- Cuidar, por parte de los padres, de la persona de sus hijos en toda su integridad y, en particular, de la formación de la conciencia moral. Superar el relativismo ético ofreciendo criterios objetivos para la formación de la conciencia.
- Formación sexual adecuada. Ante una sexualidad desenfocada y deshumanizada, ofrecer un proyecto cristiano de educación sexual y matrimonial. Valorar la identidad como varón o como mujer, superando la llamada "ideología de género".
- Atender, dentro de la familia, a la formación en valores humanos, sociales y cívicos.
- Conocimiento objetivo de los principios constitucionales y de las normas cívicas de convivencia en un pluralismo social.
- Edición de manuales y subsidios cristianos para la educación de la conciencia ciudadana
- Fomentar grupos de fe-cultura y participar en foros y coloquios sobre temas religiosos y culturales

- Promover el conocimiento de la Doctrina Social de la Iglesia en educación para la convivencia y la solidaridad.
- Reiterar, a los padres y a los jóvenes, la necesidad de elegir la asignatura de Religión y Moral.
- Invitar a realizar procesos de pastoral educativa en los centros donde sea posible. Coordinar estos procesos desde el profesor de ERE o algún profesor católico
- Inscribirse en las clases de formación religiosa y en las actividades del servicio religioso en la universidad
- Seguir los cursos de formación de la Escuela Diocesana de Teología para Seglares y en las Escuelas Parroquiales de Teología
- Formación de profesores, con idearios cristiano, de educación para la ciudadanía.
- Promover la constitución de asociaciones de profesores católicos
- Impulsar las asociaciones de profesores de Religión y Moral
- Encuentro de los sacerdotes-profesores de una misma localidad de forma anual. Programar en este encuentro actividades que unifiquen a la parroquia-escuela-familia
- Promover y organizar Escuela de Padres
- Creación y apoyo de AMPAS católicas
- Participar en los Consejos escolares
- Impulsar la creación de escuelas parroquiales de formación moral
- Promover el ejercicio práctico del principio de subsidiariedad, por el que la familia pueda ejercer sus derechos en la formación de sus hijos.

Estas son, entre otras muchas, algunas de las acciones que se pueden apoyar, emprender y realizar, tanto en las familia como en las parroquias y en los centros escolares, particularmente en los de iniciativa social de titularidad religiosa.

Ley de calidad

Educar es una tarea admirable, pero comprometida y casi siempre ardua. Un proceso lento, imperceptible y vulnerable. Con una desproporción, al menos aparente, entre los medios y los resultados, entre el empeño del educador y la formación del alumno. Sólo el valor de la persona humana justifica el esfuerzo. Tomar en serio la educación es aceptar la persona humana sin reservas, tal como es, Y con el decidido propósito de hacerla mejor.

Siempre tenemos una deuda pendiente que nunca se podrá saldar por completo: la del respeto y valoración de la persona. Una enseñanza de verdadera calidad solamente puede ser aquella que transmite la verdad completa, sin ocultar nada de lo que el hombre tiene derecho a conocer. Una enseñanza aséptica de valores trascendentes y morales, una educación sin hablar de Dios, es como un atentado al derecho de la persona en conocer la verdad.

En una buena pedagogía, es cierto que el conocimiento tiene que hacerse progresivo y adecuado. Pero el respeto y valoración de la persona nunca pueden ser barreras ni pretextos para eludir una formación auténticamente integral, completa.

Para iluminar y comprender la razón de ser y la valoración de la tarea educativa, la sociedad, la familia, los niños y los jóvenes tienen derecho a exigir una enseñanza donde la calidad no sea solamente técnica, donde la libertad educativa sea algo más que una declaración de intenciones, donde la identidad religiosa no quede escondida en la intimidad de lo privado, donde el respeto a la persona no sea pretexto y coartada para privarle del derecho a tener un conocimiento íntegro de la verdad sobre el hombre, sobre el mundo y sobre Dios.

Tarea siempre inacabable es la de la educación cristiana. No sólo la formación estrictamente religiosa, sino la del encuentro de la persona con los conocimientos y los valores imprescindibles para su desarrollo individual y su capacitación para la vida social. Si el gran peligro es el de la fragmentación, el primer reto, para la calidad de enseñanza, ha de ser el de la unidad educativa. Siempre la aspiración por ese pacto educativo e integrador de la escuela, la familia y la sociedad y los valores más genuinos de la propia cultura e historia.

Por eso, nuestra primera "ley de calidad" no puede ser otra que la de ayudar al hombre a buscar el rostro del Señor. Esta es la mejor garantía de una auténtica educación en valores y en la práctica de las más perseverantes y auténticas virtudes.

En educación y en la escuela, hay tres lecciones permanentes que aprender: la lección de un exquisito respeto a la persona, la lección de la justicia y la lección del amor.

Con tan grandes ayudas, pues los talentos no son sino gracias que de Dios llegan, está garantizada esa verdadera aspiración de calidad que buscamos para la tarea educativa: una educación humana y una educación cristiana, sin falsas separaciones ni vergonzantes ambigüedades. Nos preocupan las cosas, las normas, las leyes, las organizaciones y los instrumentos adecuados, pero todo ello en función de la persona. Buscaremos las leyes justas que amparen los derechos, sobre todo de los más débiles, pero para hacer de la enseñanza verdadera opción de libertad para la familia, que debe elegir un centro y un forma donde educar a sus hijos. Deseamos que esos colegios sean verdadero ejemplo de organizaciones modélicas, pero, ante todo, testimonio de una comunidad educativa ejemplar.

La fuerza de la identidad cristiana

Un porcentaje muy alto de la población estudiantil española acude a las aulas de la enseñanza concertada, a la escuela de iniciativa social, a la escuela católica. Los números, por sí mismos, están hablando del alto grado de aceptación social de nuestra escuela. Pero, también, de una gran responsabilidad social.

Hay que ofrecer una clara identidad. La ambigüedad, ni es honrado ni eficaz, pues la credibilidad está muy unida a la identidad, que no proviene de unas actividades, ni de la calidad técnica, sino de la finalidad y de las motivaciones que la sustentan. Algo que se identifica por lo que es, hace, cree y reza. Educación humana y educación cristiana, sin dualismos ni alternativas. No cabe dicotomía alguna entre el ser y el obrar, entre el existir y el entregarse a la causa y razón de su misma existencia. El testimonio es manifestación, lenguaje, comunicación; se aprecia en signos visibles en los que la coherencia entre lo que se dice y cómo se actúa, pone de manifiesto la fidelidad y es garantía de veracidad.

No se trata de sobrevivir en una sociedad secularizada, sino de ofrecer lo que se tiene y valora como buena noticia para la salvación del hombre. Nuevas situaciones reclaman respuestas nuevas. Una escuela nueva, más participativa, más consecuente con los principios religiosos y morales que recoge el ideario. La escuela cristiana no impone sino ofrece el mejor camino para la realización completa del hombre.

Incuestionable y bien definida identidad cristiana. No solamente estatutaria y escrita en el ideario del Centro, sino vivamente reflejada en la organización, las actividades, los contenidos de los programas, el testimonio de las personas. Nunca sería una buena escuela católica aquella que hiciera dejación de su deber fundamental de instruir y educar al hombre en su integridad. Una escuela, sin un alto nivel de calidad de enseñanza, no sería una escuela evangelizadora.

Presentar el evangelio de forma personal, comprensible y entusiasmante. Como algo vivo que lo llena todo. Que es punto de referencia para todo. Es la memoria evangélica que se aduce como respuesta permanente. No es evangelismo de palabras en los labios y lejanía en el corazón, sino consecuencia: hablo porque creo. Sería inadmisibles la utilización del evangelio como arma presuntuosa que se usara únicamente para dejar en evidencia el comportamiento ajeno. Al contrario: es oferta de salvación, de esperanza, de gozo en la posibilidad de alcanzar los más nobles deseos.

La labor educativa de la escuela católica tiene que estar permanentemente iluminada por unos convencimientos que son como la identidad y los principios sobre los que se mueve esa evangelización. Instruir en el conocimiento de la revelación para educar en la fe. No es la simple ilustración sobre el fenómeno religioso, sino el conocimiento

de la verdad que ha de tener su respuesta en una conducta consecuente con lo que se ha conocido. Ni una fe sin formación, ni una erudición religiosa sin vida.

Lo mismo en la educación religiosa. Cada época tiene sus problemas, sus desafíos al hombre de fe. Y se necesita una respuesta del evangelio que llegue a la cultura en la que vive el hombre. Que la salvación se exprese en formas y palabras inteligiblemente adecuadas y comprensibles para quienes escriben cada día su propia historia. Es el mundo y es el hombre quienes reclaman una continua actualización. No en cuanto al contenido del mensaje, pero sí en la forma de comunicarlo.

Enseñar para aprender

Sólo hay una manera de ser buen maestro: ser todos los días un aplicado discípulo. Será necesaria una permanente formación de educadores y maestros, pues sin ese continuado esfuerzo por actualizarse: la experiencia se hace rutina; la lección, repetir lo de siempre; la clase, espacio de trabajo y nada más; el alumno un número, más que una persona; el aprendizaje, adiestramiento; la pedagogía, método sin alma.

Pero, con una formación adecuada y permanente del educador: la enseñanza es buen conocimiento y mejor doctrina que se ofrece; la formación, adecuado molde para configurar a la persona con el mejor modelo; la escuela, auténtica catedra de las mejores y más imperecederas lecciones; la comunidad educativa, espacio para la esperanza...

En diálogo permanente con la cultura. Atentos a la realidad en que vive la persona a la que educar. Acercándose a su lenguaje, a sus ideas, a sus modos de comportamiento. Y poniendo en todo la levadura de la fe. Aceptando el grado de novedad que proviene de la investigación y de la ciencia y ofreciendo el contenido de la revelación.

El educador cristiano se convierte en profeta de un hombre nuevo, íntegro, bien formado. Es maestro que ofrece los conocimientos adecuados y el testimonio de su propia vocación entregada al servicio de los demás. Se convierte en apóstol de la verdadera libertad del hombre para alcanzar y vivir en la luz de la auténtica verdad.

Porque consideraba la ignorancia como madre de todos los errores, San Isidoro emprendió una verdadera campaña intelectual y pedagógica para adquirir cuantos conocimientos se pudiera, en el convencimiento de que solamente con la investigación, el estudio y la exposición del saber, se podía llegar a la solución de los problemas que aquejaban a los hombres de la época. Como obispo de la Iglesia vivía preocupado por la fe del pueblo. Como hombre de su tiempo y en su tierra, sentía el peso de la historia, de las costumbres, de la mentalidad, de la difícil y necesaria relación entre la cultura y la fe, la razón de las cosas y el acercamiento a Dios.

Muchas pueden ser las dificultades que se presentan al educador y a la escuela para conseguir sus objetivos. Sin embargo, una decidida identidad cristiana y una verdadera calidad de enseñanza son la mejor garantía de que conseguiremos nuestros propósitos, que no son otros que la formación integral de la persona. Tomemos conciencia de la importancia de la educación cristiana y de la necesidad de un talante nuevo, que responda a los retos que hoy se presentan en el marco de una sociedad plural, democrática y pluricultural.

Enséñame, Señor, lo que tengo que enseñar y lo que aún tengo que aprender, pedía San Agustín. Porque Cristo es el único y verdadero Maestro. En su escuela todos somos permanentemente discípulos. Quien acude a esta escuela del Señor, con el Señor y Maestro ha de identificarse. Si camino es el Señor, el maestro católico ha de ser instrumento y mano amiga que vaya conduciendo, con la admirable pedagogía de la ciencia y del amor, hacia ese hombre adulto en la medida de Cristo. Y si Cristo es la verdad, el enseñante cristiano ha de acercarse constantemente a esa fuente inagotable de conocimiento. Y como Cristo es la vida, el vivir escondidos en El es presencia luminosa y garantía de un verdadero compromiso humano y educativo del maestro cristiano.

Con mi bendición,

+ Carlos, Cardenal Amigo Vallejo
Arzobispo de Sevilla

JUVENTUD Y FAMILIA

*Algo nuevo ya está brotando
¿No lo notáis? (Is 43, 19)*

Carta pastoral del Cardenal Amigo Vallejo
Arzobispo de Sevilla

Sevilla, octubre 2007

“La Iglesia mira a los jóvenes; es más, la Iglesia de manera especial se mira a sí misma en los jóvenes, en todos vosotros y a la vez en cada una y cada uno de vosotros. Así ha sido desde el principio, desde los tiempos apostólicos. Las palabras de San Juan en su Primera Carta pueden ser un singular testimonio: “Os escribo, jóvenes, porque habéis vencido al maligno. Os he escrito a vosotros, hijos míos, porque conocéis al Padre... Os he escrito, jóvenes, porque sois fuertes y la Palabra de Dios permanece en vosotros” (*Juan Pablo II. Carta a los jóvenes 31-3-85*).

Me ha parecido muy oportuno el comenzar esta carta pastoral, sobre juventud y familia, con estas inolvidables palabras de Juan Pablo II a los jóvenes.

Se habla mucho de los jóvenes. Aunque me temo que también aquí podía valer el famoso y despótico aforismo: todo para los jóvenes, pero sin los jóvenes. ¡Que hablen los jóvenes!, quieren otros, no sin cierto tufillo paternalista: que hablen ellos y que digan solamente lo que yo quiero oír. ¡Qué hablen! Que luego haremos lo que nos parezca...

Mi propósito no es otro que el de ofrecer a los jóvenes y a las jóvenes aquella luz y esos valores morales que identifican el comportamiento cristiano. Para que esos jóvenes "puedan decidir consciente y libremente", inapreciable ayuda será la que pueda prestar la familia, como la base en la que se apoya la sociedad y la juventud (Cf. *Benedicto XVI. Aeropuerto de Sao Paolo 9-5-07*).

Siguiendo tan oportuno consejo, tendremos, como el espacio más adecuado para hablar con los jóvenes, la familia. Con la familia y desde la familia. Enseguida llega la dificultad de saber el tipo de familia que tenemos delante. Incluso, la duda de que la familia pueda ser, para muchos jóvenes, un referente de ejemplaridad. Trataremos de ir aclarando conceptos y situaciones y buscando siempre el bien de todos.

En nuestro *Plan pastoral diocesano*, hemos ido subrayando, en estos últimos años, algunos sectores de la vida eclesial que merecían una atención particular: acción caritativa y social, los sacerdotes, los laicos y su misión en la Iglesia. Fruto de este trabajo han sido la Asamblea del Clero y, últimamente, la Asamblea de los Laicos que actualmente se está evaluando. Estamos seguros que las aportaciones de los grupos de trabajo serán de gran valor para seguir caminando en nuestra Iglesia de Sevilla. Vemos como crece la comunión, vemos como nos vamos conociendo mejor, sabemos que Cristo nos acompaña. Ahora pondremos el acento en la juventud y la familia verdaderos espacios para la evangelización y la vida cristiana en medio de nuestra sociedad

Sobre los temas y objetivos anteriores se publicaron algunas cartas pastorales, que sirvieron también de directorio y de criterio para las reflexiones diocesanas. En octubre de 2005 se publicó la amplia carta pastoral: "Una familia cristiana nueva". Es también importante el recordar cuanto se publicara, sobre pastoral de juventud, con motivo del encuentro entre nuestro Consejo Episcopal y los Superiores Mayores de la vida consagrada (2004).

Es de advertir que, en nuestro *Plan pastoral diocesano*, lo que hacemos es subrayar algunos puntos concretos de especial interés, nunca suprimir ninguna de las acciones pastorales fundamentales en la vida y ministerio de nuestra Iglesia, como puede ser el acercamiento a la palabra de Dios, la celebración de los sacramentos, la práctica de la caridad y el anuncio de Jesucristo, es decir, la evangelización.

En continuidad, pues, con los objetivos propuestos en años anteriores, llegamos a este de los jóvenes y de las familias. Queremos situarlo dentro de un binomio incuestionable: la comunión por la participación. Es decir, que a través de la práctica podemos llegar a la verdadera unidad de vida y de fe entre todos los miembros de la familia cristiana. Lo podríamos expresar de esta manera: que la familia evangeliza a los jóvenes y estos evangelizan a la familia. Cada uno ofrece al otro aquello que tiene y juntos buscan el bien común de todos. Una acción pastoral conjunta dentro de la institución más valorada por los jóvenes: la familia. Donde, paradójicamente, se encuentran las mayores dificultades para la comunicación, debidas a una especie de ruptura en el interior de una institución que originariamente es la más adecuada para esa deseada relación.

En nuestro trabajo, sobre la pastoral de juventud, es necesario tener delante, como documentos imprescindibles, el Mensaje del Concilio Vaticano II a los jóvenes (1965), la Carta a los jóvenes, de Juan Pablo II (1985) y las Orientaciones de la Conferencia episcopal española sobre pastoral de juventud (1991). Serán también de mucha utilidad los documentos: "Jóvenes en la Iglesia, cristianos en el mundo" de la Comisión episcopal de apostolado seglar (1992), así como el Proyecto diocesano de Pastoral de juventud de la Archidiócesis de Sevilla (1996).

El pensamiento y la doctrina magisterial de Benedicto XVI nos acompañará continuamente. Pues, en esta carta pastoral, y siempre teniendo delante a los jóvenes, vamos a hablar de Cristo y de los jóvenes. De lo que necesitan los jóvenes y de lo que los jóvenes pueden ofrecer. De los miedos y coartadas para eludir el comprometerse con Cristo. Al final ofreceremos unas pautas para la pastoral de la juventud y de una evangelización nueva.

Queremos asentar las bases de nuestro objetivo pastoral en lo que nos señala Benedicto XVI: "Los jóvenes quieren ver si Dios existe y qué les dice. Por tanto, tienen cierta disponibilidad, a pesar de todas las dificultades de hoy. También tienen entusiasmo. Por tanto, debemos hacer todo lo posible por mantener viva esta llama que se manifiesta en ocasiones como las Jornadas mundiales de la juventud" (*Benedicto XVI. Sacerdotes de Albano 31-8-06. Invitación a Sydney 2008*).

Con el Profeta Isaías podemos proclamar "Algo nuevo ya está brotando. No lo notáis" (*Is 43.19*). Por que Jesús nos dijo "recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos" (*Hch 1,8*) con este lema nos ha convocado Benedicto XVI a la Jornada Mundial de la Juventud en Sydney en el 2008. "Yo os enviaré lo que mi Padre ha prometido" (*Lc 24,49*), cuando nos encontramos muchas veces proclamamos "El Espíritu de Dios está sobre mí", es esta una realidad viva, estamos en sus manos El nos acompaña y nos da su fuerza para transformar el mundo. ¿Por qué hemos iniciado tantos proyectos?. Porque el Espíritu Santo lo ha querido, ¿por qué nos ponemos de nuevo en camino? Porque el Espíritu Santo lo ha querido. Siempre el Espíritu Santo en nuestras vidas. Cuando se acerque de nuevo Pentecostés la Iglesia de Sevilla unida en oración se sentirá de nuevamente enviada a proclamar la Palabra de Dios entre nuestros hermanos y hermanas, especialmente lo más alejados, los últimos, por que lo nuestro es anunciar a todos el año de gracia del Señor.

I. LOS JÓVENES Y CRISTO

¿Cómo será la juventud dentro de unos años? ¿Cómo deseáramos que fuera? La juventud actual, ¿es una esperanza o una amenaza para el futuro? ¿Desaparece la juventud? Aumentan las expectativas de vida y disminuyen los nacimientos. Las sociedades envejecen y carecen de jóvenes para renovar su población (Cf. Benedicto XVI. Carta a la XII Asamblea Plenaria de la Academia de Ciencias Sociales 27-4-06).

¿Hacia dónde tiene que mirar la juventud cristiana? ¿De quién tiene que dejarse acompañar? No podemos tener la menor duda:

acercarse y seguir a Cristo. Para ello, habrá que presentar a este Compañero de camino de una manera comprensible y entusiasmante. Ello facilitará que se acoja con alegría su palabra y se siga fielmente la doctrina del Señor. Este es el programa para los jóvenes del tercer milenio. Esto es lo que pide la Iglesia y lo que el mundo tiene derecho a esperar (Cf. Benedicto XVI Mensaje. Jornada de la juventud 2006).

Quieren, los jóvenes, encontrar alguien que sea modelo, referente y testigo creíble de la verdad. Esa persona solamente puede ser Cristo.

Los jóvenes no pueden ni quieren vivir solos. Están en la familia y la familia les necesita. Aunque la familia cristiana ha sufrido muchas y grandes transformaciones, permanece fiel a unos valores fundamentales. Es la primera comunidad llamada a anunciar el Evangelio a los hijos y llevarles a una verdadera madurez humana y cristiana (Cf. *Familiaris consortio* -FC- 1, 2)

Un camino lleno de dificultades

No son pocos los obstáculos que tienen que superar los jóvenes en este camino del seguimiento de Cristo. También han de afrontar frecuentemente situaciones de rechazo social. La cultura de lo religioso se presenta como algo fuera de actualidad. Es asunto del pasado. Si aparece el tema religioso, más es para ridiculizarlo que para hacer una seria reflexión sobre la vivencia de la fe. Se presentan mil opiniones sobre cualquier tema relacionado con la religión. Y se da más credibilidad a lo ficticio e imaginado que a las propuestas dogmáticas sobre la fe.

Entre esos escollos a superar, están todos aquellos que provienen de las situaciones familiares un tanto desarregladas. Sufre el joven y sufre la familia. No se encuentran caminos de solución, ni respuestas convincentes al sentido de la misma vida.

No puede olvidarse la delicada situación por la que está pasando la familia: conciliación trabajo y vida familiar, educación de los hijos, las relaciones internas, los medios de comunicación y la familia...

Hay que tener en cuenta la enorme dificultad que tienen hoy los jóvenes y las jóvenes para tener y construir una verdadera familia. Problemas de inseguridad laboral, acceso a una vivienda, falta de una verdadera y adecuada política familiar...

Uno de los mayores obstáculos en esta búsqueda de la propia identidad e integración recíproca entre la familia y el joven, está en esa sutil y enorme tentación de pensar que se puede ser más libre, más moderno y vivir mejor olvidándose completamente de Dios y de cuanto con Él puede relacionarse: religión, Iglesia, moral cristiana... Dios es un obstáculo, un aguafiestas, una molestia innecesaria. Prescindamos de Dios y el camino a recorrer será mucho más expedito y fácil.

Es una tentación tan interesada y egoísta que, al querer poner a Dios fuera de la propia vida, lejos de crear libertad, atrapa en tal manera a la persona que le hace esclava de una existencia, no sólo sinsentido, sino como una amenaza, pues, ya lo dijo Pablo VI: "Ciertamente, el hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero, al fin y al cabo, sin Dios no puede menos de organizarla contra el hombre" (*Populorum progressio* 42).

Asegura la Escritura que el hablar con Dios no lleva nunca a la amargura ni a la tristeza (*Cf. Sab 8, 16*). El Señor, compasivo y misericordioso, acompaña a la persona en su recorrido por el mundo.

La otra tentación, entre las grandes, es la de querer prescindir de la cruz de Cristo y, por el contrario, empeñarse en la paradoja de querer ser uno mismo su propia cruz. Esto es lo que ocurre cuando uno no quiere aceptarse a sí mismo, ni como persona ni como cristiano. El joven puede ser la cruz de sí mismo cuando no se acepta, no se gusta, no se valora.

Podíamos hablar de otras dificultades en ese camino de la lealtad con Dios y seguimiento de Cristo, como corresponde a un cristiano, pero si superamos esas dos grandes tentaciones, la de olvidarse de Dios y de Cristo, el camino de la fe está más que abierto y expedito.

De los problemas a las fuentes

Cuando se tiene sed de Dios, lo más adecuado es llegar hasta las fuentes de la fe, y con el agua de ese manantial empapar los problemas de la vida y del futuro. "La única respuesta verdadera, la de Cristo, ha de llegar a los jóvenes de un modo comprensible para ellos. Nos corresponde a nosotros, pues, apreciar este don que Dios ha hecho a la Iglesia, aceptando el reto que supone y valorando sus potencialidades" (*Benedicto XVI. Colonia. A los Obispos alemanes 21-8-05*).

Cristo es el más sabio de los maestros y el mejor compañero para el camino. Su intención, la de Cristo, no es otra que la de liberar de todas las ataduras de tristeza y desesperanza que ocasiona el pecado. Cristo devuelve la alegría de la salvación.

Junto a Cristo está la familia, que es la mejor escuela de humanidad, la más completa, en la que cada uno da y recibe. Pero, "la comunión familiar puede ser conservada y perfeccionada sólo con un gran espíritu de sacrificio. Exige, en efecto, una pronta y generosa disponibilidad de todos y cada uno a la comprensión, a la tolerancia, al perdón, a la reconciliación" (*FC 21*).

Ya tenemos los dos manantiales más puros y los mejores compañeros de ese camino que es la misma existencia diaria: Cristo y la familia.

Salimos al mundo y vemos, a pesar de tantos obstáculos y dificultades, que lo religioso está presente en la realidad cultural y social. Para un joven, la fe se presenta como una gran oportunidad para ejercer una libertad responsable. ¿Qué hacer con la propia vida? ¿Cómo orientarla? ¿En que gastarla? ¡Según la mente y el querer de Dios! ¡Cree y vivirás! Y tendrás buenas razones para saber lo que has de hacer y por qué te comportas de esta manera.

Con gozo y esperanza saldremos al mundo de la juventud. Porque allí, entre preocupaciones y consuelos, está el campo para trabajar. Nada de lo que sucede en el mundo puede ser ajeno para la persona de fe. Aquí y ahora está, en comienzos, el reino de Dios. Habrá

que construir todos los días esta ciudad verdaderamente nueva, en la que carta y estatuto de ciudadanía no son otros que el Evangelio y las bienaventuranzas.

Pero, para salir al mundo con Cristo, solamente puede hacerse en la misma actitud con la que Él viviera y actuara: ponerse cerca de quien lo necesita y servirlo con el pan que Él traía, y que no es otro que el del mismo Evangelio.

Podemos y debemos dar el pan que se necesita de ayuda social, pero si no tiene la levadura de la palabra y del amor de Cristo, no será nuestro verdadero y más conveniente de los alimentos para saciar el hambre de las gentes. Es imposible estar con Cristo y no quemarse en el deseo de hacer un mundo más fraterno, más justo, que busque con más ahínco la paz. Para esto había venido Cristo: para salvar, para dar la alegría de salvación.

¿Qué hacer? ¿Por dónde empezar? ¿A qué comprometerse? A seguir fielmente a Cristo. No cansarse de contemplar su vida y su palabra. En Él lo verás todo diferente. Cristo confía en ti, por eso pone a tu lado a otros jóvenes, para que tú les hables de Dios. Cristo os envía a ser sus testigos. Acudid sin miedo a trabajar en el campo al que os llama. Siempre fortalecidos con la esperanza de saber que el bien acaba abriéndose camino.

Lo primero, siempre Cristo

Todo el inabarcable misterio de Dios se ha descubierto, manifestado, revelado, hecho patente en Jesucristo. Solamente en Él pueden encontrar respuesta los grandes problemas morales y sociales de la humanidad.

Para comprender la propia existencia y poder vivir como joven y como cristiano, habrá que *meterse* en el corazón de Cristo y verlo y pensarlo todo desde la mirada y con los sentimientos de Cristo. ¡Yo se de quién me he fiado!, recuerda San Pablo. También se puede decir que Cristo confía en ti. En ese joven dispuesto y entregado para realizar la

maravillosa aventura de llevar esperanza eficaz de salvación a la misma humanidad.

Nada sería comprensible para nosotros sin el misterio de Cristo. Es Dios mismo el que sale al encuentro. Si quieres llegar hasta Dios, deja que Dios abra el camino. Si deseas encontrar los valores auténticos, no te olvides que Jesucristo es el fundamento y la garantía de todos ellos. Cristo vive. Es la Persona eternamente joven.

Jóvenes y cristianos

Los jóvenes cristianos son algo más que una edad y unas ideas. Es la juventud que ha nacido con el Concilio Vaticano II. Que quiere vivir su fe cristiana renovada y dentro de las más arraigadas tradiciones religiosas de su pueblo, de su cultura, de su familia. No es joven el que tiene pocos años, sino el que vive muchos valores de entusiasmo, de esperanza, de esfuerzo, de alegría, de lealtad, de fe en Dios.

Jóvenes y cristianos. De una manera inseparable. ¿Qué rasgos son los que definen el perfil del auténtico joven cristiano? Se consideraría deudor del pasado y responsable del futuro. Con capacidad de comprender y de ayudar, de entusiasmarse con algo valioso y vivir en coherencia con lo que cree y acepta en la fe.

Los jóvenes cristianos no hablan de algo perdido y que sucediera hace dos mil años, sino de lo que hoy es una realidad tan vigente como espléndida. Para verla, no hay más remedio que ponerse de limpio los ojos. Con un poco de sinceridad, y mucha ayuda de Dios, todo es posible.

No se ofrece una filosofía más sobre la felicidad aquí y ahora, ni soluciones técnicas para un deseado bienestar. El Evangelio invita a recoger los talentos, a recorrer el camino de la cruz, a buscar el bien y a practicar la justicia, ayudando a los demás con caridad fraterna. El Espíritu será la inspiración constante.

El joven cristiano es aquel que se ha puesto al lado de Cristo y quiere seguir fielmente la doctrina del Evangelio, vivir según el camino de las bienaventuranzas. Identificado con Cristo en tal manera que puede decir con Él: el Espíritu del Señor está sobre mi...

Aquí puedes hacerte unas cuantas preguntas: ¿Tu vida cuenta con los demás? ¿Estás con la familia? ¿Te acercas a la Iglesia? ¿Caminas con Cristo? ¿Estás contigo mismo? También la sociedad y la Iglesia pueden presentarte a ti algunos interrogantes y no pocas interpelaciones. ¿Participas en los programas y acciones de tu comunidad, de tu parroquia? ¿Prefieres no integrarte en nada, vivir con un sentido hedonista, y total autonomía? ¿Te preocupa lo que es el interés común, la solidaridad, la ayuda mutua y la cooperación? ¿Te arriesgas por Cristo?

Hay que aceptar la evidencia: los jóvenes buscan un punto de luz y lo encuentran en Jesucristo. Ni iluminados, ni falsos, ni gentes ávidas de espectacularidad y fiesta. No buscan la nostalgia de un pasado que no tienen, sino la irresistible actualidad de una forma de pensar y de vivir que aclara el futuro con un horizonte lleno de esperanza.

Para ver a Cristo hay que buscar a Cristo, aunque nunca lo buscarías si Él no te hubiera encontrado. Caminar con Cristo significa tanto como dejarse configurar y transformar por Cristo. Para ello, habrá que acoger con alegría su palabra, seguir fielmente su doctrina y responder a los desafíos de nuestro tiempo con una conducta incuestionablemente cristiana.

Seguiremos el ejemplo del papa Juan Pablo II, "que tuvo la idea brillante de convocar a los jóvenes de todo el mundo para celebrar juntos a Cristo, único Redentor del género humano. Gracias al diálogo profundo que se ha desarrollado durante más de veinte años entre el Papa y los jóvenes, muchos de ellos han podido profundizar la fe, establecer lazos de comunión, apasionarse por la Buena Nueva de la salvación en Cristo y proclamarla en muchas partes de la tierra. Este gran Papa ha sabido entender los desafíos que se presentan a los jóvenes de hoy y, confirmando su confianza en ellos, no ha dudado en incitarlos a proclamar con valentía el Evangelio y ser constructores intrépidos de la civilización de la verdad, del amor y de la paz" (*Benedicto XVI. Colonia, Embarcadero 18-8-05*).

Es ahora a nosotros a los que nos corresponde seguir "dialogando y escuchando vuestras esperanzas para ayudaros a encontrar cada vez con mayor profundidad a Cristo viviente, el eternamente joven. (*A los Cardenales en la Capilla Sixtina 20-4-05*).

Y con la Iglesia

Según los resultados de alguna encuesta, la Iglesia es la institución menos valorada por los jóvenes ¿No la conocen? ¿Tiene una visión caricaturizada de la Iglesia? ¿Valoran la Iglesia auténtica o la que se presenta distorsionada en algunos medios de comunicación?

Si se trata de jóvenes cristianos, lo primero que hay que decir es que no se aprecian ellos mismos ni la comunidad de fe a la que pertenecen. La Iglesia, pastores y fieles, no lo olvidemos, es la familia de Cristo, que peregrina por este mundo entre los consuelos que Dios nos da y las dificultades que ponemos los humanos.

Cristo ha venido para fundar la Iglesia. La comunidad de los cristianos. Reconciliarse con la Iglesia es aceptar a Cristo. Quien no tiene a la Iglesia por madre no puede tener a Dios como Padre, según la expresión de San Cipriano.

Juan Pablo II, afirmaba Benedicto XVI, "nos ha dejado una Iglesia más valiente, más libre, más joven. Una Iglesia que, según su enseñanza y su ejemplo, mira con serenidad al pasado y no tiene miedo del futuro" (*Benedicto XVI. A los Cardenales en la Capilla Sixtina 20-4-05*).

Libre por la palabra de Dios, que nunca está encadenada y siempre es lámpara para guiar nuestros caminos. Una Iglesia más viva, por los sacramentos, que son la fuente permanente del agua viva y del pan vivo bajado del cielo. Más valiente, por la audacia de la caridad que no pone nunca medida cuando se trata de manifestar eficazmente el amor de Cristo. Más joven, por la esperanza que se nos ha dado.

Cristo puso el Evangelio y la Eucaristía en las manos de la Iglesia. Sin la Iglesia se perdería tan valioso legado.

Con Cristo, siempre María

Dicen los santos Padres que a la tristeza de Eva sucedió la alegría de María. Ella encontró gracia delante de Dios y puso su vida a disposición de su Señor. Solo el que ama a Dios es capaz de sentir la presencia de Dios.

María es causa de nuestra alegría, porque de Ella nació el manantial de donde proviene la gracia más grande que Dios nos ha dado: Jesucristo. Como Madre de Dios la veneramos. Como la Mujer más fiel a la voluntad de Dios, tratamos de imitar sus virtudes.

Tendremos que aprender de Ella "el silencio interior, la mirada del corazón y la fe amorosa, para seguir a Jesús por el camino de la cruz, que lleva a la luz gozosa de la Resurrección" (*Benedicto XVI. Jornada de la juventud 1-4-07*).

María, para la juventud, ha de ser: madre y guía, la que enseña a acoger la palabra de Dios y meditarla, la que alienta en el camino de la obediencia a Cristo, la que ayuda a estar firmes en la fe, constantes en la esperanza, perseverantes en la caridad (*Cf. Benedicto XVI. Mensaje para la Jornada de la juventud 2006*).

La juventud con María y con la familia: "Que la Virgen María, como es Madre de la Iglesia, sea también Madre de la *Iglesia doméstica*, y, gracias a su ayuda materna, cada familia cristiana pueda llegar a ser verdaderamente una *pequeña Iglesia*, en la que se refleje y reviva el misterio de la Iglesia de Cristo. Sea ella, Esclava del Señor, ejemplo de acogida humilde y generosa de la voluntad de Dios; sea ella, Madre Dolorosa a los pies de la Cruz, la que alivie los sufrimientos y enjugue las lágrimas de cuantos sufren por las dificultades de sus familias" (*FC 86*).

II. DÓNDE ESTAMOS Y QUÉ NECESITAMOS

Hace años que viene resonando, aunque cada vez con menos fuerza, el eco de la voz de los jóvenes que gritaban: ¡Nada debemos al pasado, ni responsabilidad alguna tenemos con el futuro! ¡Quememos alegremente el tiempo presente! La falacia es evidente, pues está basada en el vacío de la filosofía de la indiferencia y de la evasión.

Somos deudores del pasado y, sobre todo los jóvenes, responsables del futuro. Lo contrario, sería tanto como anular la capacidad de comprender lo que ha sido nuestra historia, y desistir en la realización de nuevos y mejores capítulos en la vida de la humanidad.

Se teme la quiebra de los valores más sólidos y estimados. La moral puede quedar desvirtuada por una generalizada relativización. Las grandes convicciones, Dios, familia, honor, lealtad..., tienden a desaparecer en una cultura que parece avergonzada de su propia identidad.

¿Qué es lo que tenemos y qué es lo que la sociedad, la familia y la Iglesia necesitan de la juventud?

¿Realidad o ficción?

Queremos acercarnos a la "realidad". Término un tanto prostituido por el afán de considerar como real lo que cada cual quiere que sea esa imaginada realidad. No se trata ya de una "existencia real y afectiva y efectiva de algo" o de "lo que ocurre verdaderamente," como quiere la Academia, sino del imperio del capricho o de la sumisión a una determinada ideología. La realidad en la que nosotros nos movemos, desde la fe que profesamos, no es otra que la de la presencia de Dios en todo.

En la Escritura aparecen una serie de campos, de realidades, que pueden confundir, cuando no se está atento a lo que Dios puede querer decirnos en lo que ven los ojos de las personas. Ezequiel tiene que predicar en un erial, en un campo lleno de huesos secos. Obedece a Dios y de lo muerto saca mucha vida. El tentador lleva a Jesús a las

alturas donde se ven todos los poderes del mundo: ¡Todo para ti si me adoras! Oferta para claudicar de las propias convicciones a cambio de una engañosa felicidad. Los trabajadores fueron llamados a distintas horas para ir al campo. Dios llama a cada uno cuando lo necesita. Este es el momento en el que la familia, la Iglesia y la sociedad necesitan de los jóvenes.

Aunque podríamos acercarnos a otros "campos de la realidad", sirva el del tesoro escondido. Aparentemente es un terreno degradado. Se cava y se encuentra un tesoro. ¡Cuidado con las apariencias! Dios mismo, y el misterio de la Encarnación, son la garantía de una realidad repleta de posibilidades para quien desea lealmente hacer el bien.

Motivaciones y esperanzas

¿Qué es lo que más les importa a los jóvenes? ¡Ganar dinero! Los asuntos de religión interesan poco. Sin embargo, muchos jóvenes están cerca de lo religioso. Por una parte, mantienen que el discurso de la Iglesia está agotado (!) y no hay persona que atraiga más a los jóvenes que el Papa. ¿Dónde está la explicación de esta afluencia masiva a los encuentros con Benedicto XVI? ¿A qué motivaciones hay que acudir para explicar algo tan evidente? Los jóvenes creen en Jesucristo y acuden al encuentro con Él en la Iglesia.

En mayo del 68 se repetían estos conocidos mensajes: "la imaginación al poder"; "sed realistas: pedid lo imposible"; tomad vuestros deseos por realidades"; "cuando lo extraordinario se hace cotidiano, es la revolución"; "mi juventud encierra un mundo"; "abajo la sociedad especulativa y comercial"; "arriesga tus pasos por los caminos que nadie ha emprendido, arriesga tu cabeza en los pensamientos que nadie ha pensado"; "decreto el estado de felicidad permanente". Y otros muchos...

Cuarenta años después, los jóvenes dicen: el poder para los partidos; nada conduce a nada; el futuro no existe; andamos perdidos y atrapados; la realidad no es como la esperábamos sino como la temíamos; la indiferencia como pasión...

¿Qué es lo que ha cambiado y qué es lo que permanece? ¿Qué ideas, costumbres, creencias, van a perdurar en el futuro y cuáles se han de olvidar ya para siempre? La respuesta está en las llamadas vigencias: aquello con lo que necesariamente hay que contar. En el siglo XX han ocurrido tales acontecimientos, fenómenos sociales, convulsiones humanas, desarrollo tecnológico y movimientos culturales que hay que tenerlos en cuenta en los días venideros.

Quien permanece es Cristo y su Iglesia. Se pide a la Iglesia que se adapte a los tiempos, que se actualice, que conecte más con el mundo. Con mucha frecuencia estas cuestiones llegan desde ángulos que demuestran muy poco interés por la verdadera misión de la comunidad cristiana. La Iglesia no existe para acomodarse a unas determinadas circunstancias sino para evangelizar. Otra cosa distinta es

el lenguaje y las formas en que deba llevar, con toda fidelidad, los contenidos inmutables del mensaje de Cristo.

Relajación de la autoestima

En la persona del joven conviven una serie de actitudes que pueden hacer trizas la autoestima. Es decir, el grado de valoración de uno mismo. Así, por ejemplo: El orgullo humillado hace que se considere víctima, pues se cree que no se le reconoce en todo lo que él se imagina valer. El miedo incita a entrar en el club de los ciudadanos anónimos, sin identidad, pendientes del qué dirán si se aparece como cristiano. La tristeza, por la falta de reconocimiento social, lleva al avergonzamiento y a identificarse casi como una persona perteneciente a una casta excluida. La soberbia aconseja, con perversidad, considerarse superior a los demás y quejarse de incomprensión. La envidia impide identificarse con el bien que otros hacen, y la indiferencia acaba matando las ilusiones por conseguir una existencia mejor.

Llevado todo esto al espacio de lo religioso, la relajación de la autoestima creyente conduce a:

- La idolatría del fundamentalismo racionalista. El racionalismo encierra en uno mismo y no deja espacio a las posibilidades de una fe creyente.

- El mesianismo laicista, que anuncia libertad y se le niega presencia pública a la religión, sepultándola en el ámbito de lo privado.

- La autosuficiencia y el desprecio: ¿Para qué necesito a Dios? La referencia a Dios se pierde en el fango de lo caprichoso.

- La claudicación de la libertad personal sucumbe ante la esclavitud del derrotismo: ¡no hay camino de salida!

- Sentirse atrapado por un ambiente negativo e imposible de vencer y que, al mismo tiempo, produce sensación de aislamiento y soledad.

- La religión no está entre los principales intereses, y la familia es poco menos que un lugar donde se reciben algunos servicios necesarios para poder vivir.

Durante estos años, muchos jóvenes han perdido el sentido de la vida y no poseen una verdad sobre la cual construir su existencia. Pero, también hay numerosos jóvenes que quieren encontrar alguien que sepa escucharlos y aconsejarlos en las dificultades de la vida.

El futuro que necesitamos

Los interrogantes y las dudas sin respuesta amenazan en tal manera que llega a temerse con inquietud el futuro. Hoy vivimos felices, pero ¿qué va a pasar mañana? La incertidumbre, la inseguridad causa desasosiego, preocupación. Necesitamos cauces seguros, construir bien la casa, con los sólidos cimientos de un conocimiento humano y una vivencia firme y consciente de la fe. Hay muchas opiniones sobre las cosas, no se ve claro el horizonte, se presentan muchas sinrazones con apariencia de verdad. A todo ello hay que añadir las injusticias, las incomprensibles diferencias, el mal que campa por su respeto...

Las grandes verdades, no se comprenden únicamente con la razón, necesitan más ayudas, un conocimiento superior. El amor de Dios es lo que pone vida en las cosas que de otra manera parecen muertas y sin sentido. El mejor modelo de referencia, para acercarse a ese amor de Dios, es la familia. Espacio en que aparece la entrega más generosa y desinteresada, el apoyo mutuo, la fidelidad...

Se ha presentado la cuestión con tanta sinceridad como dureza. ¿Los jóvenes creen en algo? Es muy difícil poder imaginar una existencia sin contar con algo y con Alguien. Los jóvenes hoy buscan la originalidad, la imagen, lo que sea distinto, ser uno mismo. Pero el egoísmo transforma este deseo en una trampa mortal, pues hay un encerramiento en sí mismo, sin apertura ni a los demás ni al futuro. Solamente Cristo es el ideal, el presente y el futuro. El joven tiene que dejarse hablar por Cristo y a su lado construir el mañana (*Cf. Benedicto XVI. A los Jóvenes. Asís 17-6-07*).

El futuro, siempre contando con esa continua y sorprendente acción de Dios en la historia de las personas, va a discurrir, aunque tenga su propio camino, paralelo a lo que la humanidad ha ido preparando en estos últimos años, y en lo que se vislumbran las grandes tendencias que irán apareciendo en el tiempo por venir. No es adivinación, sino consecuencia lógica del desarrollo de las ideas, el despliegue de las estructuras, el deseo de las personas, las necesidades del mundo...

Tendremos que prepararnos, desde esta hipótesis de las tendencias, para un arduo trabajo, si es que queremos mantener la esperanza, pues son muchas las agresiones que hacia ella se dirigen, tanto como fruto del desarraigo institucional, como por la tensión entre el creer y el pertenecer.

De un cristianismo de corte preferentemente rural, primero, y urbano, después, se tiene que pasar a una sociedad postindustrializada y postmoderna. De una mujer limitada a cierto tipo de actividades, a una participación plena en la vida social y profesional. De una juventud sin futuro, a un futuro sin jóvenes. De una cultura tecnológica a una demanda de saber teórico. De una división de clases a la democratización social. Del pobre económico al pobre marginal - jóvenes, ilegales, delincuentes...-. Del interés por lo público, a un repliegue en lo privado. De un diálogo con las personas, a un "hablar" con las máquinas. De una Iglesia con fuertes estructuras jerarquizadas, a una jerarquía promotora de la participación, de la corresponsabilidad, de la aplicación del principio de subsidiariedad.

¿Cómo será el futuro? La pregunta tendrá que transformarse en actitud de deseo en el querer vislumbrar lo que va a acontecer y de buena disposición para recibir lo que llegue. Siempre estaríamos en tiempo de esperanza, que es gozo de saber que lo que se ha prometido se cumplirá. En este sentido, cambios, renovaciones, adaptación, actualización, solamente pueden tener un nombre y una tarea: la conversión sincera. Esa permanente actitud de estar pendiente con docilidad para el cambio de conducta ante lo que pueda contemplarse como querer de Dios.

¿De dónde me vendrá el auxilio?

Pedían auxilio, pero nadie les salvaba (*Ps 17*). Pero el creyente se dirige a Dios y le recuerda: "Tu eres mi auxilio y mi liberación" (*Ps 39*). Dios sostiene mi vida (*Ps 53*). "El auxilio me viene del Señor que hizo el cielo y la tierra" (*Ps 123*).

Nada peor que arrastrar una vida sin horizonte, sin ideales ni valores por los que luchar y en los que asentar convencimientos. El cristiano no ofrece simplemente unas ideas orientadoras sino la forma de vivir de Jesucristo, verdad, vida y camino.

Todo esto es para los que creen, se podrá decir con cierta lógica. Y así es. Porque la fe es regalo y aceptación del ofrecimiento que Dios hace de sí mismo. Se podrá aceptar o rechazar el ofrecimiento, pero no se puede pretender hacer que Dios sea de otra manera si quiere contar contigo. Dios es Dios. De Él llegará el auxilio, la ayuda que necesitamos.

Nuestras actitudes y disposiciones pastorales, respecto a los jóvenes, tienen que vertebrarse en torno a tres verbos y su contenido: Acoger aceptando las diferencias; comprender un mundo complejo; acompañar la vida en la esperanza. La fuerza del Espíritu, ante las dificultades y tropiezos, abrirá nuevos caminos de esperanza y de fortaleza para asumir las responsabilidades que conlleva consigo la fe en Jesucristo.

III. EL MUNDO, LA FAMILIA Y LA IGLESIA TE NECESITAN

Cuando parece que el fuego lo ha destruido todo y que solamente queda un montón de cenizas, existe la posibilidad de que permanezca escondido algún rescoldo, algo de fuego que puede reavivarse para conseguir que la hoguera siga ardiendo. Así que habrá que soplar la ceniza y dejar que se reactive el fuego.

La multitud tenía hambre. Cristo multiplicó el pan gracias a la generosidad de un muchacho que dio lo que tenía. Y se hizo el milagro. Este es el llamamiento que se hace a la juventud: que ofrezca lo que tiene para que se puede realizar el milagro de una sociedad más justa y de una familia más feliz. No responder, no solo sería una irresponsabilidad deplorable, sino perder la ocasión providencial para encontrar, ayudando a quienes más te pueden necesitar, tu propia dimensión humana y cristiana .

¡Tu, joven, tienes lo que el mundo, la familia y la Iglesia necesita!

Tu tienes lo que necesitamos

Las posibilidades son tan numerosas como excelentes. ¿Cómo las aprovechas? ¡Cuidado con los antimilagros! ¿Qué has hecho con el pan? Cristo puede convertir las piedras en pan. Nosotros podemos hacer lo contrario: convertir el pan en piedras. Tienes el pan de la palabra de Dios y has dejado que se olvidara por falta de atención y de fidelidad. El pan de la misericordia se ha endurecido con la indiferencia. El pan de la justicia se ha corrompido por la prevaricación y el olvido de los derechos. El pan del amor fraterno se ha vuelto amargo con el odio. El pan de la alegría se ha enmohecido con la tristeza. No desaproveches tu juventud, ni intentes huir de ella, sino busca el llenarla de los elevados ideales de la fe y de la solidaridad humana (Cf. *Benedicto XVI A los jóvenes en Sao Paulo 10-5-07*).

El joven reivindica su propia identidad. Quiere ser y expresarse como él mismo es. Sin sentirse acosado por discurso alguno. Lo cual es

un buen apoyo para un joven que quiere ser un auténtico cristiano, porque este es el camino que libremente ha elegido. Se trata de aceptarse como cristiano y actuar en coherencia con la fe recibida. Asumiendo el gozo y la responsabilidad que ello supone.

Hay que dejarse llevar por el Espíritu del Señor, para vivir en el convencimiento de que, más allá de cualquier duda, está la bondad de Dios como garantía para encontrar la verdad. Son muchos los jóvenes que quieren vivir sinceramente su fe con todas las consecuencias. Están disponibles para ayudar, y lo demuestran en las diversas formas de voluntariado con el que se prestan una generosa ayuda social y humanitaria (Cf. *Benedicto XVI. Entrevista 5-8-06*).

Cristo te necesita a ti. El mundo y la familia necesitan de Dios. Tu se lo puedes dar acercándote a Cristo.

Primacía del amor

El joven no quiere, no puede conformarse con vivir de la apariencia. Desea una vida en la que sienta la coherencia entre lo que quiere y lo que hace, entre su propia identidad de persona libre y la llamada interior que le exige tener en cuenta a Dios. Si quieres ser libre, quítate la venda del miedo al que dirán y busca la sinceridad de la fe.

No conocemos un espacio mejor para vivir de esta manera que la familia, que es comunidad de vida y de amor. Si no tengo amor nada me vale de nada, la vida carece de sentido, la esperanza no existe, el mundo está descalabrado... Pero si tengo amor, se encuentran más que razones para vivir y para esperar. La fe lo llena todo de vida, la esperanza es gozo y compromiso, el mundo se contempla como espacio para la gloria de Dios, para hacer el bien y servir...

Con el amor, los mandamientos no son obstáculo y corsé que oprime y ahoga la libertad de la persona, sino ayuda para caminar con paso firme por la vida. El Evangelio no es carga de leyes y preceptos, sino anuncio de las mejores noticias para el encuentro con Cristo, Señor y Salvador. La Iglesia no es muro y parapeto que impide caminar con libertad y alegría, sino que es madre y ayuda que nos acerca a Jesucristo. Las gentes no son grupos de egoístas entre el que hay que abrirse paso

a codazos, sino hermanos nuestros y los mejores compañeros del camino.

El mejor camino, siempre la familia: "Su misión es la de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios" (FC 17). Es una comunidad de personas que se comprometen a vivir fielmente. "Sin el amor la familia no puede vivir, crecer y perfeccionarse como comunidad de personas (...) El amor entre el hombre y la mujer en el matrimonio y, de forma derivada y más amplia, el amor entre los miembros de la misma familia -entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas, entre parientes y familiares- está animado e impulsado por un dinamismo interior e incesante que conduce la familia a una comunión cada vez más profunda e intensa, fundamento y alma de la comunidad conyugal y familiar" (FC 18).

El cuerpo templo del Espíritu Santo.

Así define, en su primera carta a los Corintios, el apóstol Pablo a nuestro cuerpo, morada del Espíritu Santo. Aunque somos conscientes de que existe una inapropiada y deficiente educación afectiva y sexual, y sabemos que nuestra sociedad ofrece a los niños y a los jóvenes una moral personal descafeinada, hemos de seguir empeñados en llevar a todos la buena noticia, incluso a los más alejados y ajenos a lo que nosotros intentamos vivir.

Las enseñanzas de Benedicto XVI nos iluminan el camino: "El eros degradado al puro "sexo", se convierte en mercancía, en simple "objeto" que se puede comprar y vender; más aún el hombre mismo se transforma en mercancía. En realidad, éste no es propiamente el gran "sí" del hombre al cuerpo. Por el contrario, de este modo se considera el cuerpo y la sexualidad solamente como la parte material de su ser, para emplearla y explotarla de modo calculador. Una parte, además, que no aprecia como ámbito de su libertad, sino como algo que, a su manera, intenta convertir en agradable e inocuo a la vez. En realidad, nos encontramos ante una degradación del cuerpo humano, que ya no está integrado en el conjunto de la libertad de nuestra existencia, ni es expresión viva de la totalidad de nuestro ser, sino que es relegado a lo puramente biológico". (Deus caritas est, 5).

Sin duda, banalizar las relaciones sexuales, tratarlas como parte de un mercado global donde todo se compra y se vende, donde su consumo se desea y se consigue sin limitaciones, no nos lleva a ningún lugar.

Le corresponde a los padres el ayudar a sus hijos a completar sus etapas de crecimiento, por ello es bueno hablar desde el testimonio, tratar con prudencia los medios de comunicación disponibles, dando normas claras y razonadas que les ayuden a ellos a madurar como personas jóvenes, para que la superficialidad en relación al sexo no impida desde la adolescencia el conocimiento completo y verdadero del misterio de la vida. El uso de Internet, el móvil, la televisión, que no sea motivo de discordia, que se enseñe su uso de forma adecuada a cada edad, en casa y fuera de casa.

En familia nace el crecimiento de la intimidad de nuestros adolescentes y jóvenes, desde niños, se consolida en los ámbitos de amistad donde en muchos casos se cede al ambiente, cogiendo el camino de la plena integración en el grupo en vez del testimonio de vida convencido y equilibrado.

Nuestra Iglesia, nuestras familias cristianas, nuestra obras pastorales, apostólicas, formativas y educativas deben de esforzarse por ofrecer una clara orientación a los jóvenes para que en su hacerse maduros entiendan, comprendan y asimilen el sentido de su cuerpo en relación con los otros.

Y mientras tanto no debemos de ser ajenos a que el negocio del sexo, de una u otra forma, mueve ingentes recursos financieros a lo largo y ancho del mundo y por tanto que es un reclamo del consumo. Hoy cualquier anuncio, en cualquier medio utiliza mensajes en esta línea, desde los pañales de un bebe, un yogur, un coche, hasta un sencillo electrodoméstico. Constatamos también que existe un grave abuso de los medios de comunicación al ofrecer anuncios de contactos de dudosa moralidad.

No somos ajenos a que, por diversas circunstancias, hay personas que venden su cuerpo para satisfacer a muchos. Surgen nuevas modalidades de prostitución incluso virtual. El acceso a la

pornografía esta al alcance de la gran mayoría de las personas de una forma fácil, quizás sea el momento de reconocer que debemos esforzarnos más los cristianos en mostrar nuestro testimonio y en formarnos mejor desde el punto de vista afectivo y sexual, o de lo contrario será difícil madurar como personas de fe.

Sabemos que la inmoralidad de la pornografía proviene del hecho que distorsiona la verdad sobre la sexualidad humana, desnaturaliza la finalidad del acto sexual, introduciendo a unos y a otros en la ilusión de un mundo ficticio (CIC 2354). No se puede justificar ni como válvula de escape, ni como una intensificación del estímulo, una terapia más. Así, el uso en la intimidad de la pornografía hace crecer semillas de desesperanza y aleja a quien la usa de su propio ser persona en comunión con el otro.

Jesús en el Sermón de la Montaña nos muestra el camino "Bienaventurados los limpios de corazón por que ellos verán a Dios", con estas palabras nos abrió las puertas para amar de verdad, y nos dio como premio el "ver a Dios" de una forma nueva y plena, desde lo profundo de nuestro ser persona dándole sentido pleno a nuestra vida y para lo que fuimos creados.

Batir nuevas marcas

La juventud, a pesar de sus desgarrones y heridas - indiferencia, evasión, materialismo... - es la gran esperanza de la Iglesia para el siglo XXI. Pero hay que batir una nueva marca. En cada edición de los Juegos Olímpicos aparece el atleta que supera esos centímetros que se necesitaban para batir un récord. En la Olimpiada siguiente algún nuevo deportista se encargará de bajar del podio al campeón de ayer y situarse él mismo en lo más alto. Es que no se pueden poner vallas a las posibilidades de las personas para superar metas inconcebibles y nuevas. También en las del Espíritu: siempre queda una marca por batir.

Recordaba Benedicto XVI que los jóvenes tienen buena disponibilidad y no poco entusiasmo. Así se ha puesto de manifiesto en algunos acontecimientos, donde ellos han estado en primera fila en la defensa de los derechos humanos, en las catástrofes naturales, o la

presencia multitudinaria de jóvenes en las distintas Jornadas de la Juventud. Esto quiere decir que "a los jóvenes hay que ofrecerles compromisos en los que vean que son necesarios, que pueden hacer algo bueno. Al sentir este impulso de hacer algo bueno por la humanidad, por alguien, por un grupo, los jóvenes sienten un estímulo a comprometerse y encuentran también la *pista* positiva de un compromiso, de una ética cristiana" (*Benedicto XVI. Sacerdotes de Albano 31-8-06*).

Dorado refugio para la evasión es el del ateísmo comodón y el del agnosticismo indiferente, que más prefieren las plácidas ideas de negar existencia y posibilidades, para eludir el esfuerzo de buscar, que el compromiso con unos valores que interpelan la mente y arañan la conciencia.

No caigas en la trampa -¿tentación o infantilismo? - de pensar que es condición de progresismo el marginar lo religioso. Más bien, el verdadero progresista pone en su mesa de reflexión el asunto de la fe. Acepta el reto de considerarlo con todas las implicaciones y responsabilidades que plantea a la vida personal y social. Hará falta, eso sí, un poco de honradez intelectual y del arrojo necesario para perseguir la verdad.

IV. ¿POR QUÉ NO DAS LO QUE TIENES?

Se habla mucho de los miedos de la juventud, de la falta de esperanza, del fracaso escolar y laboral, de la violencia juvenil, de la drogadicción... En fin, de una juventud perdida, que quiere vivir sin limitación alguna, sin preceptos ni prohibiciones (Cf. *Benedicto XVI. A los jóvenes en Sao Paulo 10-5-07*).

Todo ello es una triste realidad, pero ni es algo tan generalizado entre los jóvenes, ni ellos han perdido la capacidad de reacción, de superación de sí mismos y de encontrar su auténtica identidad, llena de valores y de esperanzas que, por otra parte, tanto necesita la sociedad, la familia y la misma persona.

¿Por qué malgastas lo que tienes? ¿Por qué no das lo mejor de tí mismo a quienes lo necesitan, en lugar de guardártelo para alimentar tu egoísmo? ¿Qué obstáculos y tropiezos son los que se encuentran en el camino para vivir una fe consciente y comprometida en hacer de este mundo un verdadero reino de Dios? Surgirán inconvenientes y disculpas. Llegarán los prejuicios y los miedos. Al final, la cruz de Cristo será el apoyo y la fortaleza. No hay que olvidar que la vida no tiene sentido sino dándola (Cf. *Benedicto XVI. Homilía Domingo de Ramos 9-4-06*).

Trabas y estorbos

¿Quiénes son esos enemigos que bloquean la libertad de poder dar aquello bueno que se tiene y que los demás necesitan? No nos referimos a las personas, sino a los *demonios interiores*: el miedo, la autosuficiencia, la tristeza, la indecisión, el egoísmo...

Mirarse con exceso a uno mismo acarrea temor. Mirar a Dios trae libertad y claridad. Sin considerarse víctimas y acosados por las circunstancias o el sistema de una sociedad secularizada. Las susceptibilidades llevan a la autodefensa para evadirse de soportar la carga de las propias responsabilidades y de la misión que cada uno tiene que llevar a cabo, de vivir sincera y valientemente en coherencia con la propia identidad cristiana.

¿Por qué no te das a ti mismo lo que tienes y necesitas? Los obstáculos pueden estar en el desaliento, en la desconfianza de uno mismo, la sospecha de los otros, el querer vivir como si Dios no existiera. También habrá que tener en cuenta las alienaciones de la esperanza: aguardar otros salvadores, no aceptar los tiempos de Dios, evadirse de la realidad concreta, olvidar la presencia de Cristo y de su Espíritu...

Familia y escuela suelen reprocharse mutuamente la causa de una deficiente formación de los jóvenes. Y esas dos instituciones tienen puesto su punto de mira en los medios de comunicación. "Es sabido - recordaba Juan Pablo II- que los instrumentos de comunicación social inciden a menudo profundamente, tanto bajo el aspecto afectivo e intelectual como bajo el aspecto moral y religioso, en el ánimo de cuantos los usan, especialmente si son jóvenes. Tales medios pueden ejercer un influjo benéfico en la vida y las costumbres de la familia y en la educación de los hijos, pero al mismo tiempo esconden también insidias y peligros no insignificantes, y podrían convertirse en vehículo -a veces hábil y sistemáticamente manipulado, como desgraciadamente acontece en diversos países del mundo- de ideologías disgregadoras y de visiones deformadas de la vida, de la familia, de la religión, de la moralidad y que no respetan la verdadera dignidad y el destino del hombre" (FC 76).

Nuestra responsabilidad con la creación

Seguir a Cristo, dice Benedicto XVI, comporta el esfuerzo constante por contribuir a la construcción de una sociedad más justa y solidaria, donde todos podamos gozar de los bienes de la tierra (Santuario de Loreto, 2-9-07). Constatamos con preocupación que actualmente el mundo occidental, más o menos el 20 % de la población de la tierra consume el 80% de sus recursos, a todas luces existe un grave desequilibrio que nos puede someter en el futuro a situaciones poco afortunadas.

Se hace necesario por tanto, redescubrir la belleza de la creación y el papel del hombre en ella, como buen administrador y gestor de sus recursos para que las generaciones futuras puedan disfrutar de ella, ayudado por los necesarios avances científicos y la corresponsabilidad de todos. Consumiendo solo lo que necesitamos, no despilfarrando

energía, agua, comprendiendo que en nuestro actuar se han de plasmar verdaderos cambios de hábitos, que nos ayuden a ser más eficientes utilizando cada vez menos recursos.

Desde principios de los 70 del pasado siglo, la preocupación por lo ambiental ha ido creciendo, las crisis energéticas, los problemas derivados de los gases de efecto invernadero, las sequías, la desertización, etc. Todo ello ha provocado un interés sin precedentes de consumidores, empresas y administraciones. Sin duda la lucha contra el cambio climático, una terminología acuñada en los últimos años con detractores e importantes partidarios esta suponiendo un paso más en el cambio de modelo de desarrollo a nivel mundial.

Recientemente Benedicto XVI ha lanzado un importante reto a todos los cristianos y a la sociedad en general indicando que "uno de los campos en los que es más urgente trabajar es el de la salvaguardia de la creación" subrayaba el Papa con vehemencia "antes de que sea demasiado tarde". Por ello nos indica que "hay que adoptar medidas valientes, que sepan recrear una fuerte alianza entre el ser humano y la tierra" (Santuario de Loreto 2-9-07).

Es por tanto una tarea de todos y que a todos nos concierne, consumiendo con equilibrio, no despilfarrando los recursos energéticos, el agua, los recursos naturales. Todos somos responsables, a todos nos concierne, todos debemos trabajar para reducir nuestros residuos, procurando siempre causar el menor impacto posible en el ambiente. Apoyando el uso de las energías renovables con decisiones concretas, introduciendo medidas de ahorro en nuestros edificios, conduciendo de manera responsable, generando menos residuos, etc.

"Es necesario un sí decisivo a la tutela de la creación y un compromiso fuerte para invertir aquellas tendencias que corren el riesgo de conducir a situaciones de degradación irreversibles a la creación" (Benedicto XVI, Santuario de Loreto 2-9-07).

No debemos ser pesimistas respecto al futuro, el futuro es de los jóvenes. Le compete a ellos, también, contribuir a mantener y mejorar nuestro entorno, en tareas de voluntariado, enseñando a sus mayores a cambiar de actitud, siendo menos consumistas y más

eficientes en el uso de los recursos naturales. Sigamos las enseñanzas de muchos que nos precedieron en la fe, como Francisco de Asís, adaptemos nuestras costumbres, mostremos a otros que es posible otra forma de vivir menos consumista, veamos en la preservación del ambiente la huella de las palabras de Jesús, la Buena Noticia que todo lo hace florecer. Es esta una tarea de todos pero especialmente de los jóvenes que son la esperanza de la Iglesia y de nuestra sociedad.

Excusas y coartadas

Como en la parábola evangélica, los invitados a la fiesta pusieron excusas para declinar la invitación. ¡Cuántos artilugios inventan, incluso los profetas, para escaparse de la voz de Dios que les llama a cumplir una misión en el pueblo. Moisés dice que quién es él para liberar al pueblo (*Ex 3, 1*). Isaías se queja de que es hombre de labios impuros (*Is 6, 5*). Jeremías arguye que es un muchacho (*Jr 1, 6*). ¡Qué difícil es que en un mundo secularizado se pueda percibir un mensaje no verificable con los criterios de una mentalidad positivística, donde los proyectos de existencia no solamente olvidan, sino que niegan la trascendencia! ¿A quién predicar? Tengo el Evangelio en la mano, ¿quién está dispuesto a recibirlo? Jonás quiere huir lo más lejos posible de Dios (*Jon 1, 3*). Ezequiel dice: ¿A quién voy a predicar, si no son más que un montón de huesos secos? (*Ez 37*). Es la coartada de la secularización de todo.

Ante la magnitud del problema, surge la tentación del descorazonamiento y de la falsa excusa. Si el problema es complejo, la pereza aconseja no complicarse en él. Si es lejano, el egoísmo arguye que no te corresponde.

Raíces amargas

¿Cómo vamos a encontrar pan para tanta gente? ¿Quién les va a dar de comer? Dadles vosotros de comer, dice el Señor (*Jn 6, 1-15*). Jesús no hace caso del pesimismo de los discípulos.

No te tapes la cara con las manos delante de Dios. Ni Dios es un enemigo ni a su lado hay tristeza posible. Dios no es obstáculo para el progreso. Así que reconcílate con Él y camina a su lado.

Y con cuidado, para no sucumbir ante el alud de cavilaciones, dudas, ambigüedades, esperando el día perfecto de una sociedad imposible. Tendrás que dejarte llevar por el Espíritu de Dios, que lo es de libertad y de esperanza y garantía para encontrar la verdad.

San Pablo advierte que hay que estar atentos a las raíces amargas que pueden retoñar. Siempre estaremos ante la amenaza de que vuelvan antiguas experiencias negativas -se confió y traicionaron -; de vacíos que nunca se han podido llenar - lo he intentado y no lo he conseguido -; de anuncio de tiempos nuevos y siempre las mismas desilusiones...

Las raíces amargas pueden tener aún algún residuo de savia maligna que abre grietas en un corazón endurecido. Se recurre a los tiempos difíciles de secularismos, falta de esperanza y mala doctrina, viejos prejuicios y resentimientos...

El rebrote de esas malas raíces puede conducir a convertir el tiempo favorable en días de fastidio y pereza, creando un espacio muy a propósito para que retornen los pensamientos envejecidos; hacer del día de la salvación temporada de amargura, pues el temor paraliza la vida y endurece la conciencia; llegar a la fiesta llenos de tristeza, pues el egoísmo mata las ilusiones; responder al ofrecimiento de una vocación de servicio, con el desprecio o la arrogancia. En una palabra: la libertad personal está secuestrada.

Dios nunca estorba

No tengáis miedo. Dios no quita a nadie ni la libertad ni la dignidad. "¿Acaso no tenemos todos de algún modo miedo - si dejamos entrar a Cristo totalmente dentro de nosotros, si nos abrimos totalmente a Él -, miedo de que Él pueda quitarnos algo de nuestra vida? ¿Acaso no tenemos miedo de renunciar a algo grande, único, que hace la vida más bella? ¿No corremos el riesgo de encontrarnos luego en la angustia y vernos privados de la libertad? Quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada -absolutamente nada- de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es

bello y lo que nos libera (...) ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a Él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida" (*Homilía inicio pontificado 24-4-05*).

Algunos plantean que en una sociedad plural parece como si la Iglesia tuviera miedo a hablar de los distintos modelos legales de familia, del divorcio, del aborto, del reconocimiento de la propia sexualidad, de los anticonceptivos, de la bioética. Nosotros tenemos que anunciar el Evangelio, la entrega, el sacrificio, el compromiso, la verdad, no rehusamos hablar de ningún tema, no imponemos nada, pero queremos que se nos escuche y se nos comprenda.

V. SI QUIERES VIVIR, DÉJATE AYUDAR

Son capítulos de particular importancia en la vida de los jóvenes y de las jóvenes: la relación con Dios, asumir el sentido último de la vida, comprender a la persona humana en toda su verdad, la educación de la conciencia moral.

En este camino los jóvenes necesitan mucho acompañamiento para que puedan "experimentar que se puede vivir la fe en este tiempo, que no se trata de una cosa del pasado, sino que es posible vivir hoy como cristianos y encontrar así realmente el bien" (*Benedicto XVI. Al clero de Roma 22-2-07*). "Si queremos ir al encuentro de Jesús y después avanzar con Él por su camino, debemos preguntarnos: ¿Por qué camino quiere guiarnos? ¿Qué esperamos de Él? ¿Qué espera Él de nosotros? (*Benedicto XVI. Domingo de Ramos 2006*).

Hay que enseñar a saber que la Iglesia no está para adaptarse al mundo sino para evangelizar el mundo; que no es de ella, ni para ella. Es de Cristo y habla de Cristo. Que la fe no sirve para explicar sino para salvar el mundo. Que solo la luz de Cristo puede disipar las tinieblas. Para todo ello, la juventud necesita de un buen acompañamiento espiritual y pastoral.

Resultará imprescindible, para seguir esta ruta, el encontrar buenos guías. Verdaderos animadores de la fe, con criterios seguros, conociendo el itinerario por donde tiene que llevar a los jóvenes. Indicando el camino con el testimonio de la propia vida y el entusiasmo de la esperanza.

Medios y caminos

Para poder dar y servir hay que hacerse compañero de viaje al mismo Dios. Unir la libertad y la solidaridad, para abrir nuevos caminos al amor fraterno. Superar las dificultades con la inagotable reserva de energía que da la gracia del Espíritu. Tener la valentía y la audacia de los auténticos creyentes. Resistir la tentación y ser decididos e intrépidos constructores de la paz y de la justicia.

Habrà que avanzar con cuidado, para no sucumbir ante el alud

de cavilaciones, dudas, ambigüedades, esperando el día perfecto de una sociedad imposible y dejarse llevar por el Espíritu de Dios, que lo es de libertad y de esperanza y garantía para encontrar la verdad.

Para ese recorrido, harán falta unas actitudes imprescindibles: humildad para conservar la fidelidad; sinceridad para reconocer los errores y reparar los daños; verdad para conocer y aceptar; justicia, para no hacer culpables a los que no lo son; dignidad, para no avergonzarse de la Iglesia; coherencia entre lo privado y lo público: el que quiere seguir a Cristo, tiene que confesarlo en la sociedad.

La familia cristiana tiene que ofrecer a los hijos "un modelo de vida fundado sobre los valores de la verdad, libertad, justicia y amor, bien sea con un compromiso activo y responsable para el crecimiento auténticamente humano de la sociedad y de sus instituciones, bien con el apoyo, de diferentes modos, a las asociaciones dedicadas específicamente a los problemas del orden internacional" (FC 48). La familia "se convierte en la primera e insustituible escuela de socialidad, ejemplo y estímulo para las relaciones comunitarias más amplias en un clima de respeto, justicia, diálogo y amor" (FC 43).

El mejor de los guías es siempre la Palabra de Dios, que llega hasta las honduras de la persona y pone claridad en sentimientos e ideas. ¿Hay aún necesidad de Dios? ¿Sigue siendo razonable creer en Dios?, ¿Cristo es sólo una figura de la historia de las religiones o es realmente el rostro de Dios, que todos necesitamos? ¿Podemos vivir bien sin conocer a Cristo? (*Benedicto XVI. Sacerdotes de Aosta 25-7-05*).

La respuesta a estas preguntas nos la ha dado el mismo Benedicto XVI: se necesita tener deseo de Dios, reconciliarse con Dios y conocer a Cristo. Para ello, "la lectura, el estudio y la meditación de la Palabra tienen que desembocar después en una vida de coherente adhesión a Cristo y a su doctrina" (*Benedicto XVI. Mensaje. Jornada de la Juventud 2006*)

La familia, una ayuda imprescindible

Utilizaremos los medios que tenemos a nuestro alcance, y que Dios vaya poniendo en nuestras manos. El primero, la palabra revelada de Dios. Pues las cosas de Dios, solamente desde esta luz se pueden

comprender y vivir. Tener siempre delante la verdad, que marca el verdadero camino; la justicia, que respeta derechos y obligaciones; el amor, que hace propias las necesidades de los demás; la libertad, que es razón y responsabilidad; audacia, que considera lo posible, si es bueno, como obligatorio.

Si llega la tentación de la ineficacia, acudir al Evangelio como levadura eficaz para transformar el mundo. Si la indiferencia, aceptarse como cristiano y actuar en coherencia con la fe recibida. Asumiendo el gozo y la responsabilidad que ello supone. Tan lejos del orgullo y el desprecio a los que viven de otra manera, como de una actitud rayando en lo vergonzante y jugando al disimulo. Y no cansarse de mirar a Cristo. Es trabajo de oración. Pero solamente realizándolo cada día se mantendrá vivo el punto de referencia para las ideas, la fuente de ejemplaridad para el comportamiento y para construir, cada día, esa nueva civilización de la paz, de la solidaridad, del amor fraterno.

En la carta *Familiaris consortio*, Juan Pablo II advierte de la absoluta necesidad de la catequesis familiar, sobre todo "donde ha cundido la incredulidad o ha penetrado el secularismo hasta el punto de resultar prácticamente imposible una verdadera creencia religiosa, la Iglesia doméstica es el único ámbito donde los niños y los jóvenes pueden recibir una auténtica catequesis" (FC 52).

La familia sigue siendo aquello por lo que la gente daría la vida. Por ello, es el lugar donde hacer un nuevo esfuerzo en compañía de la comunidad educativa y parroquial para formar al niño, al joven de una manera integral y eclesial. "Creemos muy necesaria una acción coordinada de comunidad educativa con la familia y la parroquia. De lo contrario la educación cristiana quedaría fragmentada, e incluso en serias dificultades, para llevar a cabo su propio proyecto educativo... Es necesario que la comunidad educativa coordine sus acciones con la parroquia de referencia, a fin de canalizar la futura inserción parroquial de los alumnos, y a su vez puedan recibir los auxilios espirituales que el colegio no puede ofrecerles" (*Documento sobre la Escuela Católica LXXXIX Asamblea Plenaria Conferencia Episcopal Española, abril 2007*).

Consiliarios y animadores

Se nos plantea como un reto el acompañamiento pastoral de los jóvenes. La dedicación de sacerdotes, religiosos y religiosas y seglares a esta tarea específica es imprescindible.

Los jóvenes quieren asumir sus propias responsabilidades, pero nunca pueden reemplazar al sacerdote en lo que es el propio ministerio consagrado. No es problema de sustitución del sacerdote, sino de distinguir mejor los cometidos y responsabilidades pastorales. Y, de una manera particular, en lo que atañe a la formación y al acompañamiento espiritual de los jóvenes.

El documento "Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo" nos recuerda que "los candidatos al sacerdocio, los sacerdotes y religiosos... han de formarse específicamente para reconocer y promover los carismas y responsabilidades de los jóvenes e impulsar la acción misionera en la comunidad y la presencia de los jóvenes en la vida pública. Es por ello, necesario que conozcan la realidad del apostolado seglar, actualicen su formación sobre la teología y espiritualidad del laicado y se capaciten para acompañar a los jóvenes con el estilo de fraternidad y colaboración que les permita respetar y promover el protagonismo y libertad que le corresponden por derechos" (*CLIM 87*).

La Delegación diocesana de pastoral de juventud cuidará de la formación de los consiliarios y animadores juveniles, en colaboración con la Delegación del Clero y de la Vicaría de Vida Consagrada.

Los jóvenes necesitan sentir el acompañamiento de esa gran familia que es la Iglesia, que va caminando por este mundo entre no pocas dificultades y muchas más ayudas de Dios. Como dijo Benedicto XVI en Valencia, "La comunidad eclesial tiene la responsabilidad de ofrecer acompañamiento, estímulo y alimento espiritual que fortalezca la cohesión familiar, sobre todo en las pruebas o momentos críticos. En este sentido, es muy importante la labor de las parroquias, así como de las diversas asociaciones eclesiales, llamadas a colaborar como redes de apoyo y mano cercana de la Iglesia para el crecimiento de la familia en la fe" (*Encuentro festivo y testimonial 8-7-06*).

Es necesario despertar en los jóvenes y las jóvenes la intención de creer con la Iglesia. Suscitar la confianza en que esta Iglesia, animada y guiada por el Espíritu, es el verdadero camino para encontrar y afianzarse en la fe. Deben sentirse queridos por la Iglesia. Experimentar la amistad y el amor que el Señor siente por ellos y a tener confianza en su cuerpo, que es la Iglesia. (*Cf. Benedicto XVI. A la Conferencia Episcopal Italiana 30-5-05*).

La Iglesia es madre que acoge, educa y anima a los jóvenes a seguir a Cristo. En esta acción pastoral, la familia será una ayuda imprescindible para atraer a los jóvenes, pues ella misma es ejemplo de comunidad, *Iglesia doméstica*, que vive plenamente el amor humano y cristiano.

VI. CONFIAMOS EN VOSOTROS

Los jóvenes tienen que ser "manos y corazón del mismo Cristo", saber seguirlo y "ser respuesta viva de Cristo y escribir páginas nuevas de evangelización, porque el futuro les pertenece, si saben seguir a Cristo (...) Encarnar el Evangelio por los caminos del mundo y de la familia. Ser mensajeros y educadores de la paz" (*Cf Benedicto XVI. A los jóvenes en Bonn, 19-8-05*).

La familia es la mejor escuela de evangelización. La que tiene mayores posibilidades para educar en la fe y que se persevere en ella. Aún en las situaciones de mayor desarraigo siempre quedan unos lazos que vinculan con la familia.

Los fundamentos de nuestra esperanza

La Iglesia confía en los jóvenes y se apoya en ellos para poder cumplir con su misión evangelizadora. Con los jóvenes, la familia. Y la familia con los jóvenes. El presente y el futuro son tan inseparables como la juventud y la familia.

La más sólida y profunda de nuestra esperanza es el saber que nos acompaña el Espíritu de Jesús. No comenzamos, sino que hay una línea de continuidad con lo justo, lo bueno, lo positivo en una conversión permanente en fidelidad al Evangelio.

Sentimos la fuerza de la unidad entre la fe y la vida. Cuidando el lazo que une la fe, el sacramento, la caridad y la misión. Pues la fe sin caridad es evasión, creencia muerta. Fe sin sacramentos es creer sin practicar. Los sacramentos sin fe quedan en ritualismo. Los sacramentos sin caridad manifiestan una gran incoherencia. El culto sin testimonio es poner la luz debajo del celemín. El testimonio sin culto se reduce al culturalismo.

La esperanza ha de ir acompañada de una mentalidad *teológica*, que es mirar a Dios y buscar su honor y gloria ante todo. Bien asentada en la palabra de Cristo. *Universal*, abriendo los ojos y el corazón a todas las personas de todas las culturas. *Evangélica*, no proselitista, sino ofreciendo lo que se tiene y puede ayudar a los demás. *Comunitaria*,

no corporativista, sino en comunión con Cristo y con su Iglesia. *Vocacional*, asumiendo la responsabilidad a la que cada uno es llamado. Esperanzada, con sólidos fundamentos bien asentados en la luz del Evangelio. *Misionera*, salir al encuentro de todos, particularmente a los más alejados y excluidos de la sociedad.

Benedicto XVI ofrece unos criterios fundamentales de esperanza: los jóvenes son para la Iglesia una llamada viviente; Cristo en el firmamento de la existencia personal y social; los jóvenes como testigos y ministros del Evangelio; anunciar a Cristo sin temor (*Cf. Colonia. A los Obispos alemanes 21-8-05*)

La esperanza es incompatible con una espera fatalista, perezosa, rutinaria. En la esperanza está el saber ofrecer gozosamente la razón de vivir, que no es otra que Cristo Jesús. Ello obliga a luchar, más que nadie, por todo ser humano que necesita ser ayudado. Vivir, como el que más, las grandes causas de la humanidad, que el egoísmo humano profana a diario: paz, justicia, derechos humanos, trabajo, libertad, familia...

Habrà que recuperar una teología fundada en la bondad de la creación, pero sin olvidar la teología de la cruz. La pobreza a la que hemos sido llamados exige que el talento de la esperanza se reparta y comunique a los demás. Hacerles partícipes a los demás de la Resurrección de Cristo y, con ella, la esperanza de una creación enteramente nueva, de una persona completamente nuevo. Una espiritualidad pascual para servir a Dios y a los demás con alegría.

Nos lo manda San Pedro: "Siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza. Pero hacedlo con dulzura y respeto. Mantened una buena conciencia (...) Pues más vale padecer por obrar el bien, si esa es la voluntad de Dios, que por obrar el mal" (*1Pe. 3, 13-17*).

Educar en valores y en virtudes

Sin duda, en una sociedad secularizada, donde lo católico no se percibe y donde muchos católicos parece que no se sienten interpelados por el magisterio, se puede observar con preocupación la indoctrinación moral de los distintos gobiernos.

Sin embargo en una democracia hay que acatar y cumplir la ley, lo que no significa que se claudique en el esfuerzo por cambiar las leyes e incluso se pueda influir legítimamente en la opinión pública indicando cuales son las contradicciones y limitaciones de la ley.

En el mundo de la educación vemos como es necesario un pacto por la educación estable que conduzca a las recientes generaciones a una comprensión global de las diversas enseñanzas, educando en libertad, creando espacios para la discusión. El mantener una determinada argumentación y ver la sociedad como una pluralidad de intereses no supone en ningún caso no ofrecer o incluso renunciar a las convicciones más arraigadas. Parece a veces que nos falta madurez para sobrellevar los diversos problemas con los que nos vamos encontrando. El camino es educar en valores, apoyar a la familia, crear redes sociales que refuercen nuestras convicciones que ofrecemos a todos.

Calidad y compromiso hablarán de una educación en valores, pero en nada quedaría la lealtad sin hombres y mujeres verdaderamente leales y fieles, sería palabra vacía la de la libertad sin hombres y mujeres auténticamente libres, sería frágil deseo el de la responsabilidad sin contar con hombres y mujeres decididos a cumplir con su deber. La calidad educativa cristiana es inseparable de la virtud.

Confiamos en la familia

A pesar de tantas dificultades y de su misma fragilidad, la familia sigue siendo, no solo lo más apreciado por los jóvenes, sino también la referencia para una existencia creyente. La "cultura de la familia", con sus símbolos, tradiciones, costumbres, hábitos y religiosidad, es más que un buen apoyo para la educación en la fe.

Las situaciones familiares son tan distintas como complejas. Habrá que ayudar a saber educar y discernir, a buscar apoyos y acciones de suplencia. Desde una pastoral juvenil adecuada también se puede llegar a una pastoral familiar eficaz.

También hay que decir a los jóvenes y a las jóvenes que ellos

serán los responsables de la familia del futuro. La esperanza es una virtud muy propia de los jóvenes. No solo porque delante está el futuro, sino porque tienen la gran posibilidad de llenar de entusiasmo y de confianza el presente.

Te damos lo que tenemos

Porque la Iglesia confía en los jóvenes y en las jóvenes, quiere acercarse a ellos y ofrecerles aquello que tiene. Unos nos piden que hagamos milagros y otros que demos respuestas que no están el libro de nuestra fe: en el Evangelio. Pero, desde la luz y el compromiso de nuestra fe, queremos ofrecer a los jóvenes:

- Una acción evangelizadora que se haga presente, con actitud misionera, en todos los ambientes y en la que prime el protagonismo de los jóvenes.

- Un acompañamiento personal que centre la pastoral con los jóvenes. Que comprometa con la vida individual y social y ayude a descubrir la propia vocación humana y cristiana. Que favorezca la pedagogía de la acción y una espiritualidad que integre la fe y la vida.

- Una pastoral continuada. Abierta y centrada en la comunidad cristiana, que asuma el grupo como lugar de evangelización. Considerar la acción pastoral más como un proceso continuo de evangelización que de actividades; más unitaria que fragmentada.

- Asumir el ser evangelizados para evangelizar y de ser educadores y animadores de espiritualidad juvenil. Creer en el acompañamiento como estilo de vida pastoral.

- Poder contribuir a que las estructuras educativas y los medios pastorales establezcan un diálogo con el mundo joven. Fomentar la vocación del auténtico educador cristiano. Tener en cuenta el desafío de una educación pluricultural e interreligiosa.

- Una pastoral en la que hay que ser conscientes de llegar y saber estar en ambientes marcados por la secularización, donde hay poca sintonía entre Iglesia y jóvenes.

- Una acción pastoral para todos los jóvenes, teniendo en cuenta que habrá que ir al encuentro de los que viven alejados de la fe.

- Estar atentos a las nuevas formas de pobrezas juveniles y de ser una ayuda para la integración social, laborar, familiar...

- Desarrollar una verdadera pedagogía de personalización de la fe cristiana. Hacer de la vida de cada día un lugar educativo y pastoral, educando a transformar en compromiso de vida lo que se escucha en la oración.

Los jóvenes y el sacerdote

El encuentro entre el sacerdote y los jóvenes es imprescindible. El joven mira al sacerdote, unas veces con admiración, otras con rechazo, algunas con indiferencia y casi siempre con recelo. No comprende la vida del sacerdote. La verdad es que tampoco ha estado tan cerca de él como para saber de su vida y de su identidad.

Lo importante no es saber resolver la cuestión para qué sirve un sacerdote, sino a quién sirve el sacerdote. La respuesta no puede ser otra sino la de que el sacerdote sirve a Jesucristo, a la Iglesia, a los hombres y mujeres necesitados del pan de la palabra, del pan de los sacramentos y del pan de la caridad.

Tomado de entre los hombres para el servicio de los hombres (*Heb 5, 1*). No podía ser de otra manera. Jesucristo es el camino hacia cada hombre y hacia cada mujer, y si todos los caminos de la Iglesia conducen al hombre, la persona es el primer camino que la Iglesia debe recorrer. Nada, pues, es de extrañar que el sacerdote se preocupe de los jóvenes.

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. Si el sacerdote ha sido tomado de entre los hombres, nunca podrá olvidar que este origen es campo obligado de acción sacerdotal.

El pueblo se quejaba de que los profetas les hablaban poco de Dios. Los jóvenes pueden buscar al sacerdote como amigo, como consejero, como animador espiritual. Pero el joven sobre todo, quiere encontrar en el sacerdote al hombre de Dios, que le hable de Dios. Y en el lenguaje que lo hizo Jesucristo.

VII. UNA RENOVADA PASTORAL DE JUVENTUD

“Los jóvenes - constata Benedicto XVI - no buscan una Iglesia juvenil, sino joven de espíritu; una Iglesia en la que se transparente Cristo, Hombre nuevo (...) Los jóvenes nos piden que seamos coherentes, unidos, intrépidos. Por nuestra parte, hemos de educarlos a la paciencia, al discernimiento, al sano realismo. Pero sin falsas componendas, para no desvirtuar el Evangelio” (*Colonia. A los Obispos alemanes 21-8-05*)

“¿Cómo hacerlo? Es nuestra pregunta común. Creo que precisamente aquí debería realizarse una “pastoral integrada”, porque en realidad no todos los párrocos tienen la posibilidad de ocuparse suficientemente de la juventud. Por eso, se necesita una pastoral que trascienda los límites de la parroquia y que trascienda también los límites del trabajo del sacerdote. Una pastoral que implique también a muchos agentes. (*Benedicto XVI. Sacerdotes de Albano 31-8-06*).

Estos dos textos de Benedicto XVI nos dan la clave y los criterios para conseguir una renovada pastoral de juventud: autenticidad evangélica e inserción en una pastoral de conjunto.

No cabe duda de que se ha de necesitar, en la evangelización de la juventud, una revisión profunda de nuestra mentalidad, de nuestra manera de presentar la fe, de saber acudir a las fuentes de la vida cristiana. Todo ello habrá de reflejarse en los proyectos pastorales para la juventud.

Jóvenes en la Iglesia

El joven cristiano pide a la Iglesia que le preste más atención. Sentirse a gusto en ella. Con una colaboración activa en las celebraciones litúrgicas, en las campañas de solidaridad, en el voluntariado de la caridad fraterna. Pero, tiene la impresión de que todavía no ha encontrado su propio sitio en una Iglesia dominada por los mayores.

Desde la Iglesia, se pide a los jóvenes: más participación activa en la vida de la Iglesia; que acepten la necesidad de formación y de vivir una auténtica espiritualidad cristiana. Tampoco hay que olvidar la

responsabilidad cristiana de participación en la vida pública.

En la Iglesia hay numerosas asociaciones y movimientos juveniles, que no solo no pueden olvidarse, sino que han de recibir el más esmerado cuidado pastoral. Unas asociaciones "sin competir nunca unas con otras, sino respetándose y colaborando juntas para suscitar en los jóvenes la alegría de la fe, el amor por la Iglesia y la pasión por el Reino de Dios" (*Benedicto XVI. Colonia. A los Obispos. 21-8-05*).

Se han de necesitar animadores de pastoral de la juventud, auténticos servidores y testigos convencidos de Cristo, fieles al magisterio de la Iglesia, integrados en la vida parroquial y siendo como fermento que anime a toda la comunidad. Tampoco habrá que olvidar la puesta en marcha de una adecuada catequesis y una formación permanente y actualizada.

La asociación ayuda al joven a salir de sí mismo y aceptar un proyecto a compartir con los demás. En el movimiento, en la asociación se siente a gusto, como algo suyo, de lo que es agente e incluso protagonista. El grupo le ayuda a asumir responsabilidades y es ocasión para entrar en la vida eclesial.

Algunas sugerencias pastorales:

- Ayudar a conocer la Iglesia, teórica y prácticamente. La acción evangelizadora. La dimensión caritativa y social. La organización eclesial.

- Acercar a los jóvenes a las estructuras y actividades, participando de una manera activa.

- Organizar catequesis juveniles, dirigidas por los mismos jóvenes debidamente preparados.

- Mantener coloquios de jóvenes con sacerdotes, seminaristas, obispo, laicos...

- Hacer sentir la cercanía de la Iglesia, como una comunidad en

la que cada uno ocupa su lugar. Con distintas funciones y ministerios.

- Ayudar a superar las falsas distinciones y antagonismos entre Iglesia jerárquica e Iglesia de base, institución y pueblo.

Jóvenes y parroquia

Es necesario dar a conocer la parroquia a los jóvenes y que éstos se sientan miembros activos en ella. Contra la fuerte tendencia actual a privatizar la fe y a vivirla en solitario, la parroquia aporta esa dimensión comunitaria imprescindible para celebrar la fe y vivirla en caridad fraterna.

La parroquia es un espacio especialmente apto para vivir la comunión con la Iglesia y la misión universal. La comunidad parroquial no es una entidad aislada, sino una forma concreta de vivir, en un determinado lugar, el evangelio de Jesucristo.

La parroquia es la unidad fundamental de acción pastoral. El signo concreto de vinculación a la Iglesia. Es una comunidad de fe. La parroquia no es una empresa de servicios, sino ámbito donde se vive la fe. No es una entidad jurídica, sino comunidad viva. No es un conjunto de acciones, sino una forma de vivir. No es un conjunto de individualismos, sino el ejercicio de la corresponsabilidad. No son acciones particulares, sino pastoral de conjunto. No es un colectivo humano, sino una realidad teológica. No es un lugar donde se actúa, sino el espacio donde se construye la comunidad cristiana. No es un grupo cerrado, sino una comunidad enviada y misionera.

La Eucaristía es el signo de la comunidad unida y que espera vigilante a su Señor. La participación identifica con la pertenencia. Sin participación, práctica, la pertenencia es simplemente formal.

Algunas sugerencias pastorales:

- Dar a conocer la parroquia, su espiritualidad, sus estructuras pastorales.

- Animar a la participación en alguna de las acciones pastorales (catequesis, liturgia, enfermos, Cáritas...).

- Entusiasmar con el proyecto de una parroquia viva y apostólica y en la que todos puedan sentirse aceptados.

- Buscar el modo de encontrarse con los jóvenes, ayudándoles, con una pastoral adecuada, al acercamiento a la parroquia. Como principio, pueden servir algunas actividades culturales, la música, los foros de opinión juvenil...

Jóvenes y oración

El acercamiento con la Palabra de Dios puede ser el comienzo de un proceso en el que el joven encuentra su verdadera identidad. Es como un revulsivo que hace al joven introducirse en su auténtica vida como persona y como cristiano.

El Espíritu Santo es el maestro de los jóvenes. "Seréis llevados a contemplar al Dios verdadero y a leer los acontecimientos de la Historia con sus ojos; gustaréis en plenitud la alegría que nace de la verdad (...) La presencia amorosa de Dios, a través de su palabra, es antorcha que disipa las tinieblas del miedo e ilumina el camino, también en los momentos más difíciles" (*Benedicto XVI. Mensaje. Jornada de la juventud 2006*).

La sociedad se queja de que los jóvenes están desorientados, que no encuentran criterios seguros donde asentar sus ideas y su comportamiento. Este es el itinerario que Benedicto XVI propone a los jóvenes: adquirir intimidad con la Biblia, tenerla a mano para que sea como una brújula que indica el camino a seguir. "Una vía muy probada para profundizar y gustar la palabra de Dios es la *lectio divina*, que constituye un verdadero y apropiado itinerario espiritual en etapas. De la *lectio*, que consiste en leer y volver a leer un pasaje de la Sagrada Escritura tomando los elementos principales, se pasa a la *meditatio*, que es como una parada interior, en la que el alma se dirige hacia Dios intentando comprender lo que su palabra dice hoy para la vida concreta. A continuación sigue la *oratio*, que hace que nos entretengamos con Dios en el coloquio directo, y finalmente se llega a la *contemplatio*,

que nos ayuda a mantener el corazón atento a la presencia de Cristo, cuya palabra es "lámpara que luce en lugar oscuro, hasta que despunte el día y se levante en vuestros corazones el lucero de la mañana" (2 Pe 1,19). La lectura, el estudio y la meditación de la Palabra tienen que desembocar después en una vida de coherente adhesión a Cristo y a su doctrina" (*Mensaje. Jornada de la juventud 2006*)

A todo ello han de ayudar los grupos de oración. Allí se aprende a escuchar y a comprender la Palabra y a entrar en contacto con Dios, hablar con Él, suplicar y ofrecerse.

Es muy importante la oración hecha en familia y con la familia. Marca la historia de la presencia de Dios en la misma vida de la familia. "Alegrías y dolores, esperanzas y tristezas, nacimientos y cumpleaños, aniversarios de la boda de los padres, partidas, alejamientos y regresos, elecciones importantes y decisivas, muerte de personas queridas, etc., señalan la intervención del amor de Dios en la historia de la familia, como deben también señalar el momento favorable de acción de gracias, de imploración, de abandono confiado de la familia al padre común que está en los cielos" (*FC 59*).

Algunas sugerencias pastorales:

- Organizar y acompañar grupos de oración.
- Participar en la oración con otros grupos (comunidades religiosas, movimientos, asociaciones...).
- Promover escuelas de oración.
- Organizar momentos especiales de oración: vigiliias, adviento, cuaresma, pascua...
- Iniciar en la adoración al Santísimo Sacramento.
- Formar grupos de *lectio divina*.
- Promover jornadas de retiro para jóvenes.

Jóvenes y liturgia

Nuestra fe cristiana, el misterio vivido de la encarnación del Verbo, se celebra en tres grandes y santas acciones: la Eucaristía, la liturgia de los sacramentos y la caridad. La Eucaristía es verdadera confesión del Señor que ha muerto y ha vuelto a la vida por nosotros y para beneficio nuestro. Por la comunión de su cuerpo y de su sangre, Cristo nos comunica también su Espíritu: el que come este Pan vivirá eternamente. Llenos de su Espíritu Santo, formamos en Cristo un sólo cuerpo y un sólo espíritu. Participar en la Eucaristía es obligación y compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo "eucarístia" (Cf. *Ecclesia de Eucaristia* 17, 18,20).

Fuente y cumbre de la vida cristiana, la liturgia, sobre todo en la celebración de la Eucaristía, es un fecundo espacio sagrado donde se encuentra el inagotable manantial del misterio de Cristo, vivido y celebrado en la Iglesia.

No podemos cansarnos de recomendar - como lo hacía Juan Pablo II - "la necesidad de una progresiva participación de todos los miembros de la familia cristiana en la Eucaristía, sobre todo los domingos y días festivos, y en los otros sacramentos, de modo particular en los de la iniciación cristiana de los hijos" (FC 61).

Algunas sugerencias pastorales:

- Constituir grupos de liturgia.
- Formar en la liturgia y en las ceremonias.
- Participar activamente en la celebración.
- Crear becas para el Instituto San Isidoro de formación litúrgica.

- Misa para jóvenes y familias.
- Invitar a pertenecer al grupo parroquial de liturgia.
- Organizar jornadas de liturgia para los jóvenes.
- Participar activamente en la confección de subsidios litúrgicos adecuados para las celebraciones con los jóvenes.
- Creación de coros juveniles.

Jóvenes y caridad

El joven suele verse atraído por aquellas acciones que prestan un servicio solidario a los demás. Esto puede ser un buen indicio de sensibilidad, no solo social, sino también religiosa y moral.

Tenemos que saber establecer y guardar una equilibrada jerarquía de valores. Ni vale todo, ni todo tiene el mismo valor. En el *altruismo* hay reconocimiento de unos valores y una inclinación a participar y ayudar. Pero el camino que resta por andar es mucho más largo y con más altos horizontes. Habrá que dejar bien asentado el fundamento de la *justicia*. Derecho a la vida, a la familia, al trabajo, a la participación, a la libertad... La *solidaridad* no puede tener otro asiento que no sea el de la justicia. La solidaridad es una actitud personal y permanente que lleva a considerar al hombre y a la mujer como persona. Todavía queda camino por recorrer. Habrá que unir a la justicia a la solidaridad, al *amor fraterno* y *cristiano*.

Para nosotros, resultan inseparables la solidaridad y el amor fraterno. La *caridad* de Dios no anula las exigencias de justicia sino que las hace más obligatorias. La caridad cristiana no tiene límites. La caridad es la superabundancia de la solidaridad y de la justicia.

Afirmar que la familia es la mejor y más eficaz escuela para aprender a vivir el mandamiento nuevo del Señor sobre la caridad fraterna no deja la menor duda. "La familia cristiana está llamada a ofrecer a todos el testimonio de una entrega generosa y desinteresada a los problemas sociales, mediante la *opción preferencial* por los

pobres y los marginados. Por eso la familia, avanzando en el seguimiento del Señor mediante un amor especial hacia todos los pobres, debe preocuparse especialmente de los que padecen hambre, de los indigentes, de los ancianos, los enfermos, los drogadictos o los que están sin familia" (FC 47).

Algunas sugerencias pastorales:

- Visitar Cáritas diocesana. Conocer su labor.
- Presentar la Caritas parroquial. Sus actividades y espiritualidad.
- Animar a la participación en proyectos especialmente dedicados a los jóvenes.
- Participación activa en campañas de caridad.
- Conocer distintas formas de vivir la caridad : "caridad educativa y promocional", "caridad asistencial", "caridad política", "caridad pastoral, "caridad testimonial"...

Jóvenes y evangelización

Hay que estimular y animar a los jóvenes a que participen en la obra evangelizadora de la Iglesia, sobre todo en el campo de la juventud, donde ellos tienen que ser los primeros militantes apostólicos, así como los principales destinatarios. Estos son los objetivos que hemos de proponemos: presentación a los jóvenes del Evangelio de Jesucristo para que lo asuman como forma de vida y se incorporen activamente a la misión de la Iglesia. Informar y ofrecer cauces de integración en grupos diversos. Participación en acciones concretas. Presentar y ofrecer la comunidad eclesial como el espacio en el que pueden realizar sus aspiraciones. Llevar a los jóvenes a un ideal de vida y de verdad mas altos.

"En la medida en que la familia cristiana acoge el Evangelio y madura en la fe, se hace comunidad evangelizadora" (FC 52). Pablo VI no pudo decirlo de la forma más clara: "La familia, al igual que la

Iglesia, debe ser un espacio donde el Evangelio es transmitido y desde donde éste se irradia. Dentro, pues, de una familia consciente de esta misión, todos los miembros de la misma evangelizan y son evangelizados. Los padres no sólo comunican a los hijos el Evangelio, sino que pueden a su vez recibir de ellos este mismo Evangelio profundamente vivido (...) Una familia así se hace evangelizadora de otras muchas familias y del ambiente en que ella vive (*Evangelii nuntiandi* 71).

Algunas sugerencias pastorales:

- Desarrollar el Itinerario Catecumenal para adolescentes y jóvenes que se está trabajando en las Delegaciones de Jóvenes y Catequesis. Puede ser un instrumento válido de trabajo en los grupos. En este sentido, ofertar los campos de trabajo que se desarrollan durante el verano, y que junto con el Itinerario están siendo una propuesta concreta.

- Ofrecer testimonios juveniles de una conducta coherente con la fe cristiana.

- Dar a conocer las misión "ad gentes".

- Participación en cursos de acción evangelizadora.

- Promover en las parroquias la Acción Católica.

- Invitar a pertenecer a alguna asociación evangelizadora y a los movimientos apostólicos. Vivir la fe en comunidad.

Jóvenes y cofradías

Las posibilidades espirituales, apostólicas y evangelizadoras de las cofradías son muchas, siempre que en todas ellas se busque sinceramente a Cristo. La cofradía puede ser, para los jóvenes, casa de la Palabra, lugar de preparación para celebrar los Sacramentos, escuela para la caridad fraterna y forja para el testimonio cristiano.

El cofrade es una persona de fe. Y quiere vivir su fe en unión con sus hermanos. Se acude a la Hermandad porque se tiene fe y

porque se desea fortalecerla y compartirla con los demás. No hay una fe cristiana y una fe cofrade. Sino una fe en Dios que se vive y se expresa en el lenguaje, en la cultura de los pueblos y de las personas.

Hay que ayudar a los jóvenes a comprender la razón de ser y la espiritualidad de la cofradía, y cómo ante un mundo secularizado, se necesita el testimonio auténticamente cristiano.

Algunas sugerencias pastorales:

- Insertarse en los grupos jóvenes de las cofradías.
- Participación activa en cultos y programas de caridad.

- Seguir los cursos de formación cofrade para jóvenes.

- Conocimiento de la historia de las Hermandades y su razón de ser como asociaciones de fieles.

- Culto auténtico a María Santísima.

Jóvenes y mundo del trabajo

Una cuestión previa. ¿Tiene el joven conciencia de ser un trabajador? Hay que reflexionar sobre los jóvenes y el trabajo. Interrogarnos sobre el interés y sensibilidad que nuestras parroquias tienen sobre este tema.

La vida de los jóvenes se desenvuelve en un ambiente de inestabilidad laboral, familiar, ética y religiosa. No siempre sus derechos educativos y sociales encuentran una justa y eficaz respuesta.

Aunque es una pastoral que compete a toda la diócesis, sin embargo habrá que cuidarla de una manera especial en las parroquias de los barrios obreros de las grandes ciudades.

Ayudar a los jóvenes trabajadores es esencial para el futuro de nuestras comunidades eclesiales.

La JOC, con su experiencia, contenido y metodología, puede ser un instrumento providencial muy adecuado para la evangelización y

educación de los jóvenes del mundo obrero.

Algunas sugerencias pastorales:

- Dar a conocer la pastoral obrera, la pastoral social...
- Alentar a la militancia de los jóvenes en movimientos especializados de pastoral obrera y del trabajo.
- Acercarse a la realidad social y laboral.
- Jornadas sobre jóvenes en el trabajo.
- Conocer y utilizar el "Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia".

Jóvenes, formación y cultura

Si hemos de estar abiertos a un permanente y positivo diálogo con la cultura, ello no solo no supone una claudicación de los propios convencimientos, sino una firme confianza en el valor de la fe que hace a la persona libre. Esta apertura llevará al diálogo con personas diversas y concretas, a la aceptación recíproca de las diferencias, al amor e interés por la verdad.

En ese diálogo fe-cultura habrá que colocarse tan lejos del sincretismo, como de la absolutización y de la condicionante rigidez de las ideologías. Tampoco se puede caer en una especie de pensamiento neutro, sin criterios ni opciones, que más parece repliegue ante la falta de convencimientos, o de libertad para la afirmación de la verdad, que actitud receptiva para el diálogo. Nunca puede olvidar el cristiano su unión con Cristo y que el Evangelio es siempre el punto de referencia para el pensamiento y para la conducta.

En el jubileo del año 2000, Juan Pablo II dirigió un inolvidable mensaje a los universitarios en el que decía que, como hombres y mujeres de ciencia, deben interrogarse continuamente sobre el valor de la persona humana. La pastoral universitaria es, al mismo tiempo,

atención espiritual a las personas y acción eficaz de animación cultural, en la que la luz del evangelio orienta y humaniza los itinerarios de la investigación, del estudio y del diálogo con la sociedad.

Un capítulo importante, dentro de la formación y participación juvenil, es el deporte, que favorece en los jóvenes la afirmación de valores importantes como la lealtad, la perseverancia, la amistad, la comunión y la solidaridad, es ocasión de encuentro y de diálogo, superando cualquier barrera de lengua, raza y cultura. Libera del riesgo de la apatía y de la indiferencia y suscita un sano espíritu de competición. Contribuye a que se ame la vida, el sacrificio, la responsabilidad y, en definitiva la valoración de la persona (*Cf. Juan Pablo II. Jubileo de los deportistas 29-10-2000*).

Algunas sugerencias pastorales:

- Inscribirse en las clases de formación religiosa y en las actividades del servicio religioso en la universidad.

- Fomentar grupos de fe-cultura.
- Participar en coloquios sobre temas culturales.
- Colaborar en pastoral universitaria.
- Organizar foros de opinión juvenil.
- Fomentar la NAO (*Noche de Arte y Oración*).
- Participación en actividades deportivas.

Jóvenes y escuela

Educación es una tarea admirable, pero comprometida y casi siempre ardua. Un proceso lento, imperceptible y vulnerable. Con una desproporción. al menos aparente, entre los medios y los resultados, entre el empeño del educador y la formación del alumno. Sólo el valor de la persona humana justifica el esfuerzo. Tomar en serio la educación es aceptar la persona humana sin reservas, tal como es, Y con el

decidido propósito de hacerla mejor.

Porque la educación no puede ser, en forma alguna, un adiestramiento para la realización de una tarea o para tener unas ideas determinadas, sino el conseguir un desarrollo físico, intelectual, moral y religioso que capacite a la persona a realizar su propia y vocación primera, que es precisamente la de su autenticidad como persona, no reclusa en sí misma, sino participando en el compromiso de construir cada día la sociedad en la que vive.

No son pocos los obstáculos que se presentan al educador y al alumno. Dificultades ambientales de un espacio secularizado donde es muy difícil hacer sentir el aprecio a valores trascendentes; el materialismo omnipresente que carcome cualquier atisbo de generosidad; las políticas adversas que parece como si estuvieran permanentemente al acecho para poner trabas a una verdadera libertad de enseñanza; la pasividad de la familia y de las fuerzas sociales; el cansancio y desaliento de profesionales y educadores ante situaciones difíciles y hasta hostiles; la ambigüedad en definir la vocación y profesionalidad de la educación y del cristiano en la enseñanza...

Calidad y compromiso hablarán de una educación en valores, pero en nada quedaría la lealtad sin hombres y mujeres verdaderamente leales y fieles, sería palabra vacía la de la libertad sin hombres y mujeres auténticamente libres, sería frágil deseo el de la responsabilidad sin contar con hombres y mujeres decididos a cumplir con su deber. La calidad educativa cristiana es inseparable de la virtud.

Algunas sugerencias pastorales:

- Relación permanente con la Delegación Diocesana de Enseñanza.

- Invitar a realizar procesos de pastoral educativa en los centros donde sea posible.

- Coordinar estos procesos desde el profesor de ERE o algún profesor católico.

- Creación y apoyo de AMPAS católicas
- Encuentro de los sacerdotes-profesores de una misma localidad de forma anual. Programar en este encuentro actividades que unifiquen a la parroquia-escuela-familia.
- Recuperación del Sacramento de la Confirmación desde los Institutos.

Jóvenes y matrimonio

La familia cristiana, fundada en el matrimonio indisoluble entre un hombre y una mujer, es un ámbito privilegiado donde el hombre y la mujer pueden realizarse plenamente como personas y como creyentes (Cf. *Benedicto XVI. Valencia. Homilía 9-7-06*).

¿Cómo comunicar a los jóvenes la belleza del matrimonio? responde Benedicto XVI: "Vemos cómo muchos jóvenes tardan en casarse en la iglesia, porque tienen miedo de hacer una opción definitiva. Más aún, también tardan en casarse por lo civil. A muchos jóvenes, y también a muchos no tan jóvenes, una opción definitiva les parece un vínculo contra la libertad. Y su primer deseo es la libertad. Tienen miedo de fallar al final. Ven muchos matrimonios fracasados. Tienen miedo de que esta forma jurídica, como ellos la perciben, sea una carga exterior que apague el amor. Es preciso ayudarlos a comprender que no se trata de un vínculo jurídico, de una carga que se asume con el matrimonio. Al contrario, la profundidad y la belleza radican precisamente en el hecho de que es una opción definitiva. Sólo así el matrimonio puede hacer madurar el amor en toda su belleza. Pero, ¿cómo comunicarlo? Creo que es un problema que afrontamos todos nosotros" (*Albano. Encuentro con sacerdotes. 31-8-06*).

Algunas sugerencias pastorales:

- Ante una sexualidad desenfocada y deshumanizada, ofrecer un proyecto cristiano de educación sexual y matrimonial.
- Catequesis sobre matrimonio y familia.
- Promover encuentros entre jóvenes y jóvenes matrimonios.

- Cuidar los cursillos prematrimoniales.

- En colaboración con Pastoral familiar, cuidar la atención a los matrimonios jóvenes.

Jóvenes y vocación

La vocación es una llamada de Dios, que se traduce en un deseo interior de seguir fielmente a Jesucristo y realizar la misión de acercar los hombres a Dios. Se necesitan vocaciones sacerdotales y religiosas. Dios bien lo sabe y sigue poniendo en el corazón de algunos jóvenes ese deseo de servir a Jesucristo y a su Iglesia.

Esa generosidad de Dios se encuentra con el parapeto del miedo a tomar una decisión generosa y valiente y a emprender el camino para ser sacerdote. Existe un temor, incluso, a perder la libertad. Cuando, más bien, habría que decir que ya se tiene esa libertad hipotecada por el temor y que solamente se puede liberar en una incondicional entrega a Jesucristo y al bien de los demás.

¿Por qué razón no hay vocaciones para la vida sacerdotal y religiosa? ¿Dónde están las causas? La respuesta está en Jesucristo. No busquemos otra razones. Acerquemos a los jóvenes a Jesucristo, les pondremos a su lado, les haremos ver el rostro del Señor. Lo demás vendrá por añadidura.

En la familia es el espacio donde, con el apoyo de los padres, se puede escuchar mejor la llamada vocacional al sacerdocio y a la vida consagrada. En nuestro *Plan pastoral diocesano* se recuerda también a las Monjas contemplativas que son, en silencio, austeridad y oración, testimonio vivo de Dios. Con vida recoleta, pobre, sacrificada, orante, junto con su alegría, paz y felicidad, anuncian que Dios es suficiente para llenar el corazón humano (CF. PPD 43).

Los jóvenes no tienen miedo al sacrificio, sino a una existencia vacía y sin sentido. Por eso mismo, pueden ser sensible a la invitación vocacional, en el sacerdocio o la vida consagrada, a una vida entregada por completo al servicio de Jesucristo. Los jóvenes son muy generosos, pero tienen miedo a un compromiso para toda la

vida."Conviene fomentar la valentía de tomar decisiones definitivas, que en realidad son las únicas que permiten crecer, caminar hacia adelante y lograr algo importante en la vida, son las únicas que no destruyen la libertad" (*Benedicto XVI. Entrevista 5-8-06*).

Hay que recordar a los jóvenes que, si Jesús les llama, que no tengan miedo. "Si os propone de seguirlo en la vida consagrada o en la vida sacerdotal. No tengáis miedo; fíaos de Él y no quedaréis decepcionados" (*Benedicto XVI. Mensaje. Jornada de la Juventud 2006*).

Algunas sugerencias pastorales:

- Proponer la vocación al sacerdocio y la vida consagrada como una opción consecuente con la fe cristiana.

- Ofrecer a los jóvenes modelos y figuras de jóvenes que han realizado su vocación.

- Acercamiento de los jóvenes al Seminario.

- Participar en los programas de pastoral vocacional.

- Organizar encuentros, por arciprestazgos o zonas, con los jóvenes que se confirman, animados por la Delegación diocesana de vocaciones.

- La pastoral de juventud como apoyo para descubrir y orientar las distintas vocaciones.

- Fomentar escuelas de oración, jornadas de soledad, escucha y acompañamiento espiritual.

- Recoger y apoyar las iniciativas de la Delegación diocesana de vocaciones.

Jóvenes y santidad

La santidad es un regalo de Dios, un don enteramente gratuito

que llega con la gracia del bautismo. Por eso, todos los cristianos están llamados a la santidad, pero cada uno en el camino que el Espíritu Santo ha marcado a quienes, con entera disponibilidad, se ponen en sus manos. Pues la santidad es una singular participación en la misma vida de Dios.

Si vemos cosas extraordinarias en los santos - decía Santa Ángela de la Cruz - todo es de Dios y a Él solo se le debe glorificar, alabar y bendecir, pues la santidad representa al vivo el rostro de Cristo y es la dimensión que expresa mejor el misterio de la Iglesia. Al acercarse a los hombres y mujeres santos se abre la mente y el corazón para saber comprender las verdades grandes y aprender a vivirlas.

Si es cierto que todos los bautizados están llamados a la santidad, hay también formas de vida especialmente favorables para esa perfección en el amor de Dios. Tal es el caso de la vida consagrada, siguiendo fielmente los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia.

La mejor sugerencia pastoral que se puede hacer es la de ayudar a los jóvenes y a las jóvenes a comprometerse, con entera fidelidad y ayudados por la gracia de Dios, a llevar una vida auténticamente cristiana.

CONCLUSIONES Y ESPERANZAS

Debemos de estar despiertos ante los nuevos retos. La configuración pastoral de nuestra Diócesis, junto al fenómeno de la movilidad social, puede propiciar que la acción eclesial no este referida solo al territorio pastoral clásico, sino que deba atender a las nuevas realidades sociales allí donde se den, ya que estamos experimentando cambios en el modelo de comportamiento social, períodos amplios de vacaciones, el ocio como un factor determinante de nuestro tiempo. Hay que reivindicar el Domingo cristiano, adaptando los momentos de relación familiar al mismo ya que sabemos que cada vez existe un menor soporte social para vivir la fe

Debo de insistir en indicar que nos tenemos que cuestionar seriamente nuestra acción eclesial respecto a las primeras etapas de la vida, hasta la madurez, niños, adolescentes y jóvenes. Hay que lograr una mayor sintonía pastoral y lograr que la vida de la Iglesia pueda aportar mayor plenitud a sus vidas.

La cuestión del compromiso personal esta hoy en el centro del debate social también en el ámbito de los jóvenes. Hay que valorar lo que tenemos, un buen número de jóvenes integrados en la vida de la Iglesia. No obstante, constatamos una fuerte dispersión y descoordinación entre los diferentes actores pastorales que se relacionan con los jóvenes. Igualmente no se le da a la clase de religión el papel pastoral que tiene en los centros públicos, e incluso en algunos de titularidad eclesial, ya que es el único contacto de los adolescentes con la Iglesia. Reitero el interés que existe en que el asociacionismo en el ámbito escolar esté debidamente impulsado y reconocido, especialmente las Asociaciones de Padres y Madres de Alumnos y las Asociaciones de Antiguos Alumnos y Alumnas.

Quizás habría que hacer de nuevo un esfuerzo mayor, permanente y sostenido en el ámbito de la nueva cultura, de los estudios superiores, de la Universidad. Tendremos que valorar en el ámbito de nuestros jóvenes universitarios como podemos acompañarlos mejor, como podemos anunciarles de nuevo a Cristo, esto tiene que ser una prioridad de todos nosotros, pongámonoslo por obra y busquemos formas renovadas de colaboración intraeclesial y también con la sociedad. Tenemos en nuestra Diócesis una universidad centenaria, otra que esta empujando con fuerza, este año nos ha nacido una universidad de ideario católico, centros de estudios superiores, etc. Es necesario que echemos de nuevo las redes.

Sin duda, debemos aprender aceptar a los jóvenes actuales, es necesario por tanto, comprender su mentalidad, su estilo de vida y su lenguaje. Tenemos que comprenderlos y aceptarlos.

El pasado curso impulsamos la Red del Pescador que esta dirigida a todo el Pueblo de Dios, especialmente a aquellas personas con poca disponibilidad de tiempo, con dificultades para participar en la vida ordinaria de su comunidad parroquial o eclesial, por lo tanto dirigida

a muchos jóvenes, que asisten a la Eucaristía del domingo o que sintiéndose cerca de la Iglesia no se sienten parte. Es un instrumento pastoral ágil y directo, es una comunicación pastoral que se recibe por correo electrónico una vez por semana. Es una reflexión breve para iluminar la semana a nivel personal y eclesial. Sin duda este y otros medios renovados nos ayudarán a estar más cercanos a todos ofreciendo lo que tenemos, la Buena Noticia.

Muchas veces hemos potenciado los grupos de jóvenes y no hemos sido capaces de llegar a todos y cada uno de los jóvenes que componían el grupo. Es necesario un mayor acompañamiento, ya que nuestra diócesis tiene la gracia de tener un clero joven muy numeroso. Es bueno que estos refuercen el acompañamiento no solo de los niños y jóvenes que se acercan a recibir los sacramentos, sino a aquellas parejas jóvenes que forman una nueva familia, estas necesitan un acompañamiento y un sentirse parte de una comunidad eclesial de referencia que en la mayoría de las ocasiones será la parroquia de cada barrio o pueblo. Es esta una tarea irrenunciable de toda la comunidad y especialmente de los pastores. Estamos seguros que de hay saldrán muchas de las vocaciones a la vida consagrada, al compromiso laical y al sacerdocio que servirán a las futuras generaciones.

Aunque sabemos que "la fecundidad apostólica y misionera no es el resultado principalmente de programas y métodos pastorales sabiamente elaborados y eficientes, sino el fruto de la oración comunitaria incesante (cf. Evangelio nuntiandi 75). La eficiencia de la misión presupone, además, que las comunidades estén unidas".

Alguno puede pensar que presentar el tesoro precioso de la fe a las personas que no la comparten significa ser intolerantes con ellos, pero no es así, porque proponer a Cristo no significa imponerlo (cf. Evangelio Nuntiandi 80).

Con estas palabras que Benedicto XVI nos ha dirigido recientemente en Loreto (2-9-07) podríamos resumir esta carta pastoral que a modo de directorio para este curso os he presentado "hay que ser críticos con los mensajes que llegan de los medios de comunicación. No tengáis miedo de preferir las vías alternativas, un estilo de vida sobrio y solidario; relaciones afectivas puras y verdaderas; un

compromiso honrado con el estudio y el trabajo; el interés profundo por el bien común. No tengáis miedo de parecer distintos y de ser criticados por lo que puede parecer fuera de moda: vuestros coetáneos, pero también los adultos, y especialmente los que parecer estar alejados de la mentalidad y de los valores del Evangelio tienen una profunda necesidad de ver a alguien que ose vivir según la plenitud de la humanidad manifestada por Jesucristo”.

Vivir como hijos de la luz. Es a Jesús a quien buscáis cuando soñáis en la felicidad. Es él quien suscita en vosotros el deseo de hacer de vuestra vida algo grande. Se os pide la fidelidad a Cristo. Seguir a Cristo es acogerlo en la propia vida. Ser los centinelas de la mañana en este amanecer del tercer milenio. Es necesario abrir los ojos y el corazón a la luz de Cristo. Hay que confiar a Cristo la propia vida. Recorrer el camino con Cristo. Aceptar la lógica de la cruz y del servicio. Vivir la eucaristía dando testimonio del amor de Dios a los hombres. Testigos fervorosos de la presencia de Cristo en nuestros altares. Abiertos para la vocación sacerdotal y religiosa (*cf. Juan Pablo II. Jubileo de los jóvenes 15-8-2000*).

La sociedad, la familia y la Iglesia necesitan mucho de los jóvenes. Tu, joven, tienes lo que necesitamos.

Algo nuevo ya está brotando, ¿no lo notáis? El texto del profeta Isaías, que ha servido de apoyo para esta carta pastoral sobre juventud y familia, nos abre a la esperanza. Es la permanente novedad del Espíritu de Dios que, en cualquier tiempo y circunstancia, guía a la Iglesia con sabiduría y con amor.

+ Carlos, Cardenal Amigo Vallejo
Arzobispo de Sevilla